



Introducción

Durante la segunda mitad del siglo XIX los escritores mexicanos se preocuparon por la trascendencia de sus obras, comenta Castro (2004), alentados por un espíritu romántico que era capaz de conciliar las tradiciones cristianas con la idea del progreso de una nación de corte liberal; además de inspirarse en los paisajes nacionales, para desarrollar sus obras. Discutieron sobre la literatura nacional y sobre su producción en periódicos, círculos académicos, cafés, asociaciones y liceos o en veladas y tertulias, comentando sobre un mundo que compartían los diversos grupos de políticos, así como por la creciente clase media que se había venido conformando bajo la paz porfiriana. Estos autores se vanagloriaban sobre el hecho de que la literatura mexicana se había incorporado a la modernidad, por lo que ampliaron el rango de las influencias extranjeras en su producción, más allá de la influencia hispana que había estado presente en las obras nacionales.

El *Naturalismo* en las obras de principios del siglo XX

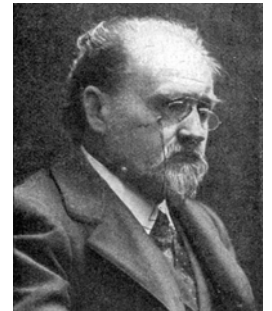
Por lo que se refiere a la prosa, apunta Vogt (1990) que una influencia importante lo integró el *Naturalismo* francés, siendo [Emile Zola](#):

... una figura admirada y a la vez temida en un país católico como México.

Sobre los planteamientos de este literato, comenta Pardo (1910: 100) que Zola:

...dominado por una intención científica y prendado de las teorías de Darwin, hizo del principio de la transmisión hereditaria el eje de su vasto proyecto. De un antecesor loco y de otro alcohólico, descienden gran parte de los personajes de sus novelas, y en ellos mostró las neurosis, las inclinaciones funestas y los estigmas degenerativos que llevaban en la sangre. Borrachos, asesinos, meretrices, desequilibrados geniales, agitadores políticos, negociantes defraudadores, son las ramificaciones del famoso árbol genealógico.

[Emile Zola](#)



[Federico Gamboa](#) (1864-1939) retomaría el tema de la prostituta, desarrollado por Zola en su novela [Nana](#), para escribir [Santa](#) en 1905; en donde predomina: *...un sentimentalismo dulzón que es expresión del amor cristiano.*



Federico Gamboa en su biblioteca [1910]

Sobre el gran éxito editorial que tuvo esta obra entre 1903-1939, señala Bobadilla (2006), intervino su temática que generó un gran sensacionalismo entre sus lectores, quienes estaban inmersos a principios del siglo XX en la moral conservadora propia del *Porfiriato*; quienes encontraron un divertimento morboso al reconocerse, de forma inconsciente, con formas de vida crapulosa al leer sobre situaciones y experiencias escandalosas de otras personas. Sobre la trama de la novela, comenta Gamboa que su obra trata sobre:

...la historia vulgar de las muchachas pobres que nacen en el campo y que en el campo se crían en el aire libre, entre brisas y flores; ignorantes, castas y fuertes; al cuidado de la tierra, nuestra eterna madre cariñosa; con amistades aladas, de pájaros libres de verdad, y con ilusiones tan puras, dentro de sus duros pechos de zagala, como las violetas que, a escondidas, crecen a orillas del río que meció su cuna"... Hasta que hace su aparición el chulo ciudadano pícaro y galán, en la figura de Marcelino, el alférez de la guardia del pueblo, quien supo vencer la débil resistencia de la ingenua y conducirla a la pérdida de la honra, mediante ardides y "mañas para charlarle, en broma por supuesto, sonriendo bajo el [castaño] bozo, sacudiéndose las botas [marcialmente] con el látigo o acariciando el pescuezo de su caballo [un irascible moro], si lo que decía era de trascendencia.

[...] De allí en más, todo fue rostros sombríos, callar de catástrofe, fiebre intensa, y la maledicencia del pueblo husmeando y desfigurando lo sucedido (Gamboa 1982: 69), para culminar la historia con la expulsión del hogar paterno —en una escenificación dramática del más genuino corte calderoniano— e iniciar así un largo proceso de degradación y decadencia física y moral, que conducirá a Santa, primero, por los caminos de la prostitución, luego, al sepulcro, pese a los dos o tres intentos de regeneración frustrados por la doble moral, por la misma corrupción física y moral de la sociedad que la condena. (Bobadilla, 2006)

Santa ha sido valorada como una de las obras maestras de la narrativa mexicana, comenta Bobadilla (2006), porque su discurso narrativo está bien planeado, claramente escrito y con una trama que conduce a su desenlace; sus minuciosas descripciones realistas, que revelan gran capacidad de observación de las características de la marginal cultura del burdel ciudadano son de una poderosa vitalidad, al mismo tiempo que configura sus personajes a partir de elementales rasgos sustanciales, para convertirlos en verdaderos símbolos literarios nacionales; lo que tal vez explique el por qué la historia fue llevada al cinematógrafo silente, además de integrar una de las primeras películas sonorizadas.

En esta obra, señala Bobadilla (2006), su autor presenta una imagen de la moderna vida urbana, como espacio burgués que se rige por las leyes del intercambio material, en donde se detonan las posibilidades genéticas de los individuos para degradarse; convirtiéndolos en seres instintivos desprovistos de valores que no pueden establecer una armonía con la naturaleza, en donde la vida citadina rompe el orden natural de la unidad del ser humano con la naturaleza. Que refleja la

visión romántica del mundo que maneja el narrador, fracturado ante los valores del intercambio materialista burgués existente en el espacio-tiempo citadino, en el cual ubica las acciones en su obra:

...la ciudad, es el detonante del proceso genético de degradación y decadencia física y moral del hombre.

El manejo de la vida citadina, no como un mero escenario, ubica a su personaje principal en interacciones que condicionan las conductas y valoraciones de los personajes, utilizando una perspectiva modernista en sus descripciones, lo que anuncia una sensibilidad impresionista muy bien lograda. Rescatamos un fragmento de la obra en donde la protagonista, una atractiva pueblerina, después de haber sido seducida y abandonada en su pueblo, además de ser repudiada por su familia, arriba a la ciudad para iniciar su vida de meretriz en el prostíbulo:¹



[El restaurante de los pobres \[ca. 1900\]](#)

- Aquí es -dijo el cochero deteniendo de golpe a los caballos, que sacudieron la cabeza hostigados por lo brusco del movimiento. La mujer asomó la cara, miró a un lado y otro de la portezuela, y como si dudase o no reconociese el lugar, preguntó admirada:

- ¡Aquí!... ¿En dónde?...

El cochero, contemplándola canallamente desde el pescante, apuntó con el látigo tendido:

- Allí, al fondo, aquella puerta cerrada [...]

Casi sin darse cuenta [... la muchacha caminó] hasta llamar [...] Toda aturdida, desfogóse con el aldabón y llamó distintas veces [...] Como tardasen en abrirle a Santa, involuntariamente se volvió a mirar el conjunto [citadino que se le ofrecía]; pero cuando estalló en la catedral el repique formidable de las doce, cuando el silbato de vapor de la tintorería francesa lanzó a los aires [...] un pitazo angustioso y agudísimo, y sus operarios y los de los demás talleres, recogiendo las blusas azulosas y mugrientas, encendiendo el cigarrillo con sus manos percutidas, empezaron a salir a la calle y a obstruir la acera mientras se despedían con palabrotas, con encogimiento de espalda los serios, y los viciosos, de bracero, enderezaban sus pasos a [la cantina] Los Reyes Magos; cuando los chicos de la escuela, empujándose y armando un zipizape de mil demonios, lanzaban libros y pizarras por los suelos, los entintados dedos enjugando lágrimas momentáneas, volando las gorras y los picarescos semblantes enmascarados de traviesa alegría, entonces Santa llamó a la puerta con mayor fuerza aún. (Gamboa 1982: 15-19)



[Calle del Coliseo Viejo \[ca. 1900\]](#)

[...] Santa de encogida y ceril en cortesana a la moda, a la que todos los masculinos que disponían del importe de la tarifa, anhelaban probar. Más que sensual apetito, parecía un ansia de estrujar, destruir y enfermar esa carne sabrosa y picante que no se rehusaba ni se defendía; carne de extravío y de infamia [...]; carne mansa y obediente, a la que impunemente podía hacerle cada cual lo que mejor le cuadrara. Y aunque entre tantísimo caballero había padres de familia, esposos, gente muy adinerada y muy alta, unos católicos, otros librepensadores, filántropos, funcionarios, autoridades, como la muchacha tenía que perderse a nadie se le ocurrió intentar siquiera su rescate [...] Aquello fue un furioso galopar de personas decentes, respetables, alegres y serias, tras la muchacha recién caída; pero galopar agresivo, idéntico al de los garañones de la dehesas que, encendidos en bestial lascivia, nada los contiene ni nada respetan.

Puede decirse que la entera ciudad concupiscente pasó por la alcoba de Santa, sin darle tiempo casi de cambiar de postura. ¡Caída!, ¡caída la codiciaban!, ¡caída soñaban!, ¡caída brindábalas la vedada poma, supremamente deliciosa!...

[...] En los instantes —cada día más raros— en que oleadas de remordimiento la asaltaban y entristecían, [Santa] entraba en fugaces coloquios consigo misma; pero por mucho que volvía el rostro dispuesta a pedir auxilio, a modo de persona que se ahoga, sólo contemplaba a entrambas orillas de su vivir gente que se encogía de hombros o que se esforzaba porque de una vez se ahogara y con ello desapareciese la tentación lindísima de su cuerpo.

[...] Santa embelleció aún más [con su vida en el burdel]; excesos y desvelos, cual diabólicos artifices empeñados en desatinada junta, en vez de arruinar o desmejorar sus facciones, hermoseábanlas a ojos vistas, que hasta las palideces por el no dormir y las hondas ojeras por el tanto pecar, ibanle de perlas a la campesina.



[Dama de 1900](#)

¹ Bobadilla (2006)

Los que sí perdía, y a grandísima prisa por desgracia, era el sentido moral en todas sus encantadoras manifestaciones; ni rastros quedaban de él, y por lo pronto que se connaturalizó con su nuevo y degradante estado, es de presumir que en la sangre llevara gérmenes de muy vieja lascivia de algún tatarabuelo que en ella resucitaba con sus vicios y todo. Rápida fue su aclimatación, con lo que a las claras se prueba que la chica no era nacida para lo honrado y derecho, a menos que alguien la hubiese encaminado por ahí, acompañándola y levantándola, caso que flaqueara. (Gamboa 1982: 75-76)

Para Vogt (1990), la influencia de Zola se encuentra también en *María Luisa*,² una de las primeras obras de [Mariano Azuela](#) (1873-1952); que de acuerdo con López (2010) fue escrita en 1896 y publicada en 1907, lo mismo que en *Mala Yerba*, obra de 1909. En la primera, señala Vogt, Azuela adopta las teorías de la herencia biológica, presentando a su protagonista como un ser perverso que heredó de sus ancestros la inmoralidad y la decadencia; mientras que en la segunda obra la trama gira en torno de una familia de retorcidos terratenientes.

En relación con las vivencias de Azuela, que dieron lugar al primero de estos relatos, señala López (2010):

...cuando Azuela cursaba el quinto año de la carrera, presenció en el hospital civil de Guadalajara los últimos días de una joven prostituta. Sintió lástima y un gran coraje, pues uno de sus condiscípulos había sido el amante de esa joven. Llegando a su casa, se sentó a escribir.

Sobre la trama de *María Luisa*, apunta González (1954a) que narra el encuentro de un estudiante de medicina con una joven enferma que es atendida en un hospital; la cual aparece ante sus ojos como una tísica prematuramente marchita y demacrada que ha perdido su hermosura, quien padece neumonía y alcoholismo, lo que ha minado su cuerpo tuberculoso.

Hospital Escandón de la ciudad de México [1908] (González, 2007: 69)



Al examinar el caso clínico, ordenado al estudiante por sus maestros, durante el interrogatorio médico la infeliz recuerda su pasado y hace partícipe de sus confidencias al novel estudiante. Le cuenta que anteriormente trabajaba en un taller de medias, en donde conoció al hijo del dueño, un muchacho de veinte años, guapo y galante, quien la sedujo y se la llevó a vivir con él durante casi un año; hasta que hastiado de ella la abandonó, y como resultado fue rechazada por su familia, además de quedar desempleada. Para olvidar sus penas se entregó a la bebida, hasta rodar de cantina en cantina mendigando copas; llenándosele de lágrimas sus ojos al narrar esos recuerdos, ya que aún amaba al frívolo galán.

El desenlace brusco del relato, característico de las obras de Azuela, continúa González, muestra a un practicante en la sala de autopsias que extrae los pulmones al cadáver de la joven enferma, mientras otro le asierra el cráneo, comentando el autor:

...los movimientos de vaivén de la sierra son seguidos por la cabeza de la muerta, que aparece más horrible, con los ojos apagados y la risa última que dejaron los músculos en contracción.



Mientras que el profesor explica a los estudiantes las lesiones producidas en la muchacha por la tuberculosis, el alcoholismo y la neumonía, uno de ellos: *...tiene la mirada empañada por una lágrima. Fue el amante de la muerta.*

El relato resulta atractivo al abundar en rasgos costumbristas, apunta González, donde se describe el medio estudiantil y las casas de huéspedes en donde éstos vivían a finales del siglo XIX; además de presentar vívidas y coloridas descripciones del espacio urbano, como la *Alameda de Guadalajara* y el *Parque de Agua Azul*.

[Guadalajara Calle de la Aduana \(actual Calle Colón\) \[ca. 1900\]](#)

Los acontecimientos narrados marcan el fondo real del drama, al apuntar una enorme desproporción ética entre las faltas cometidas y la expiación de las mismas; en donde se involucra la educación moral de los diferentes sexos, el atavismo y la dependencia económica de las mujeres, que constituye el substrato del drama, real o imaginado, presentando la penuria de quienes se convierten en víctimas de las acciones de los otros. Ya que en países ricos, o en contextos sociales no tan diferenciados como los narrados, el acontecimiento de los escarceos sexuales de los jóvenes no pasaría de constituir una comedia, o un divertido sainete; mientras que en el contexto socioeconómico descrito se marca la diferencia ética, y lo execrable de los actos realizados por el integrante masculino, presentando las consecuencias para su contraparte femenina, quien tiene una existencia tan vulnerable.

Por lo que se refiere a *Mala Yerba*, comenta López (2010) que puntualiza el carácter de una época:

² El primer boceto de lo que sería esta novela *María Luisa*, apareció inicialmente como el relato: *La enferma levantó con dificultad los párpados*, que se publicó en el semanario *Gil Blas Cómic* de la ciudad de México, dentro de una serie que se denominó: *De impresiones de un estudiante*, en donde se integraron diversos relatos de Azuela, escritos cuando estudiaba medicina en Guadalajara. [González, 1954]

...el tiempo de la impunidad de los hacendados que tanto protegió el gobierno de Porfirio Díaz

Lo central no radica en exhibir la situación que se vivía en los latifundios, sino presentar la vida de la protagonista, la hija de un peón que sufre el acoso del hacendado, desde una perspectiva del naturalismo. El patrón, para cumplir sus aviesos propósitos amorosos, asesina a un vaquero pretendiente de la joven; la campesina, en un acto de venganza tratará de matarlo, para acabar asesinada a manos del hacendado. Apunta López que Azuela retomó los elementos que integrarían su relato, a partir de lo señalado en un expediente judicial que llegó a sus manos. Para el autor, continua López, los habitantes de las haciendas que nos narra integran una sociedad dividida entre *los machos domadores de doncellas* y la de los peones, quienes buscan complacer a sus amos; mientras que, por misteriosas razones, callan sus abusos y crímenes. Este orden existente, caracterizado por la espoliación y las vejaciones de los hacendados, es violentado por la joven, quien trata de ponerle fin con la fracasada eliminación del hacendado.

Por su parte, comenta González (1954b) que esta obra fue impresa inicialmente en 1909, en los talleres de *La Gaceta* de Guadalajara; se reeditó en México en 1924 y se tradujo al inglés en 1932 [*Marcela. A Mexican Love Story*], además de publicarse en francés en 1933 [*Mauvaise graine*], lo que indica un gran éxito y aceptación internacional de la novela.

La *mala yerba* del título corresponde a la naturaleza de una familia de hacendados porfiristas, los cuales carecen de los bríos de sus antepasados, además de presentarlos el novelista como criollos opresores de sus peones, quienes sólo buscan en las bellezas campesinas la satisfacción de sus apetitos; mientras la población sometida a sus caprichos, aletargada en la servidumbre y la ignorancia, se desvive en una ingenua admiración hacia sus amos, que para González resulta ser la imagen:



[Peones \[ca. 1900\] \(AGN, Colección Fotográfica de Propiedad Artística y Literaria, Charles B. Waite\)](#)

...del estado de cosas que dio motivo a la Revolución, constituye un apropiado prólogo a la lectura de Los de abajo.

Su trama integra un drama de odio y amor en un ambiente campirano, que muestra la intensidad de las pasiones en el medio rural, y que es la transposición literaria de un suceso real. El relato gira en torno de una bella campesina que nada tiene de pazguata, continua González, ya que se sabe deseable y hace de la coquetería su mejor arma, con la que atrae a dos galanes: el degenerado vástago de una ruda familia de hacendados, y un valiente, robusto y joven vaquero, tan cándido que raya en tonto.

Del jacalucho salió presurosa una muchacha, apretando sus ojos como si la luz hiriese sus pupilas. Cogióse la raída falda de chomite en un puñado y echó a correr por el linde del sembrado, Contoneábase su recio cuerpo pubescente cual ancas de potranca, sus pies chatos y desnudos castañeteaban en el suelo con firmeza montaraz de animal que no siente pedruscos ni malezas, Se tiró por el barreal, acopiando tepates en su ancho delantal azul.

- ¡Ajja!... ¡ajja y ajja!...

El grito vigoroso del vaquero se reforzaba ahora con el no menos vibrante de la hembra.

Erguida, levantando gallardamente un brazo, lanzaba terrones que se hacían polvo en los flancos de las vacas. A cada impulso se estremecían sus duros senos y sus carnes frescas y pujantes se delineaban airosamente.

Gran tarde, triunfal hasta de la mansedumbre anidada en los bovinos ojos. Las reses, alborozadas de improviso, llegaban al corral retozando, después de haber hecho vanos los esfuerzos del vaquero y de la muchacha por alejarlos de la labor. Las cañitas apenas de alzaban un palmo del surco, y si era un peligro el apetito goloso del rumiante, mayor lo era la pezuña que pasaba dejando destrozos por el surquerío.



[La calle de un pueblo \[ca. 1900\] \(AGN, Colección Fotográfica de Propiedad Artística y Literaria, Charles B. Waite\)](#)

- Vete... vete... que el amo nos está mirando -dijo ella.

Señor Pablo, a pesar de su corcova, de sus frágiles miembros de octogenario y de sus ojos de cristal apagado, abrió por presteza la puerta del corral, sacando una a una las agujas de pesado encino que iban de un lado a otro de enormes cuarterones verticales de mezquite. Vacas barrosas de ancho braguero blanco, atigradas de narices romas, negras de melancólicos ojos, no pudiendo gastar más sus arrestos en alegres correrías, aglomeradas a la puerta se embestían. Resbalaban las encornaduras por las ancas de las vecinas o se encontraban en ruidoso choque.

Renqueando de tanto corretear, flojamente caído el calzón de un lado hasta el huarache, remangado el otro hasta la raíz de su cobrizo muslo, el vaquero se detuvo a corta distancia de la muchacha, mientras el ganado seguía entrando. De uno de sus hombros pendía erizo capote de palma enrollada. En una mano llevaba la honda y un manojo de tronadoras aromáticas en la otra.

Lejos de cohibirse, el mozo dejó blanquear sus dientes en una sonrisa socarrona, le arrojó a la cara el puñado de flores y pasó de largo, murmurando:

- ¿El amo?... ¡Pa ponerle las chivarras;...

El amo don Julián era un seco grandullón, forrado de gamuza de los pies a la cabeza, de alazanado bigotillo y ojos dulzones, un tanto afeminados. A un lado de la puerta del corral escuchaba la plática interminable de señor Pablo, el sirviente más viejo de San Pedro de las Gallinas. Buenas migas habían hecho el fiel jornalero y el vástago más tierno de los Andrades, aquél por su ascendiente de experimentado campirano y servidor de los más apegados a la casa y éste como niño mimado a quien sorprenden los mostachos todavía a la falda de la nana (que de eso y más había servido el viejo bonachón). Pero a últimas fechas se habían resfriado sus recíprocas confianzas. Señor Pablo husmeaba que el niño le hacía el amor a su hija Marcela, y aunque no diera crédito del todo a los rumores que le llegaban, porque bien sabía de lo que es capaz una mala lengua, no por eso dejaba de inquietarse, en previsión de un desastre cierto, si la muchacha le daba oídos. Tampoco a Julián Andrade le satisfacían ahora las pláticas de señor Pablo, cuyo carácter se había ensombrecido mucho desde que en sus ojos lagrimeantes aparecieron las opalescencias de las cataratas. En vez de divertirlo con sus cuentos pavorosos de espantos y aparecidos, con sus narraciones pintorescas de asaltos a la diligencia y otras aventuras muy interesantes, había dado en la manía de pronosticarlo todo, y con un pesimismo implacable. El año actual, por ejemplo, se iba a perder: sería peor que el pasado y el maíz llegaría hasta las nubes. Habría una mortandad de animales y cristianos como cuando el cólera grande. Hombre de edad y de experiencia, fundaba sus afirmaciones en bases incontrovertibles: el gallo había cantado a las once de la noche; los coyotes aullaron toda la mañana en la Mesa de San Pedro; el cerco de la luna traía puro aire, y ¡que más; Marcela vio nacer el año nuevo en un apaste de agua: por las señas que dio podía uno jurar que si ciertamente no sería de sangre, sí de una sequía fatal.

No escuchaba Julián tan funestos pronósticos, en primer lugar porque en aquellos precisos momentos el cielo con sus truenos y relámpagos estaba dándole un mentís solemne y, además, porque se le quemaba la sangre de ver el juego que Marcela traía con el vaquero. [Azuela, 1989: 13-15]

Modernismo

Para finales del siglo XIX aparece el [Modernismo](#), comenta Díaz (2005), que le confiere un carácter propio y una identidad a la cultura de nuestro continente, el cual se configura con la aparición de dos revistas literarias: la *Revista Azul* (1894-1896) y la *Revista Moderna* (1898-1903). Para comprenderlo, señala Pacheco (1999: VII):

...hay que estudiar el lenguaje de fin de siglo... Los poemas deben verse bajo las categorías de la literatura europea de la época y situarse en las condiciones en que se produjeron...

Integró un movimiento que transcurrió entre el esplendor del Porfiriato, su agonía y los inicios de la posrevolución (1884-1921). En términos del acontecer político entre la primera reelección de [Porfirio Díaz](#) y el ascenso de los sonorenses con [Álvaro Obregón](#). Abarca, en términos de producción literaria, las obras creadas desde la aparición de *La duquesa Job* de [Manuel Gutiérrez Nájera](#) (1859-1895), hasta la *Suave Patria* de [Ramón López Velarde](#) (1888-1921). Señala Vogt (1990) que los escritores modernistas aceptaron las nuevas corrientes literarias francesas, en momentos en que la vida intelectual del Porfiriato estaba enmarcada en el [Positivismo](#) de [Augusto Comte](#).

[Revista Azul](#), marzo de 1907, T. VI



Manuel Gutiérrez Nájera [La Duquesa Job](#) [1884]

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa,
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces al duque Job.

No es la condesa de Villasana
caricatura, ni la poblana
de enagua roja, que Prieto amó;
ni es la criadita de pies nudosos,
ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila Boston, y desconoce
de las carreras el alto goce
y los placeres del five o'clock.

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los querubas que vio Jacob,
fueron tan bellos cual la coqueta
de ojitos verdes, rubia griseta,
que adora a veces el duque Job.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yanqui o francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
en las baldosas! ¡Con qué meneo
luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
mira a los hombres, y con qué gracia
frunce los labios —¡Mimí Pinsón!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
ella, ligera como una cebrá,
sigue camino del almacén;
pero, ¡ay del tuno si alarga el brazo!
¡Nadie se salva del sombrillazo
que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
sprint rociado de Veuve Clicquot,
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviosos de colegiala
como los ojos de Louise Theo.

¡Ah! Tú no has visto cuando se peina,
sobre sus hombros de rosa reina
caer los rizos en profusión.

Tú no has oído que alegre canta,
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón.

Y los domingos, ¡con qué alegría!
oye en su lecho bullir el día
¡y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa
bajo la colcha color de rosa,
mientras a misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
cubre sus rizos, el limpio traje
aguarda encima del canapé.
Altas, lustrosas y pequeñas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie,

Después, ligera, del lecho brinca,
¡oh quién la viera cuando se hinca
blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia,
ni mis amigas del cotillón?

Si pisa alfombras, no es en su casa;
si por Plateros alegre pasa
y la saluda madam Marnat,
no es, sin disputa, porque la vista,
sí porque a casa de otra modista
desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
pero es tan guapa, y es tan bonita,
y tiene un perro tan v'lan, tan pschutt;
de tal manera trasciende a Francia,
que no la igualan en elegancia
ni las clientes de Hélene Kossut.

Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy la voz a la mitad del foro
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:
la Patria es impecable y diamantina.

Suave Patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Primer Acto

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en deslíz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,
media de seda bien restirada,
gola de encaje, corsé de crac,
nariz pequeña, garbosa, cuca,
y palpitantes sobre la nuca
rizos tan rubios como el coñac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
nada hay más bello que el arremango
provocativo de su nariz.

Por ser tan joven y tan bonita,
cual mi sedosa, blanca gatita,
diera sus pajes la emperatriz.

Ramón López Velarde [La Suave Patria](#) (Fragmento) [1921]

Sobre tu Capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los juegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa
el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailarores de jarabe.

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
con apetito los dos tomamos
un par de huevos y un buen beefsteak,
media botella de rico vino,
y en coche, juntos, vamos camino
del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yanqui o francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos se vacía
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,
que en tu lengua de amor prueben de ti
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el Viático,
y al fin derrumba las madererías
de Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco
y la hora actual con su vientre de coco.
Y oigo en el brinco de tu ida y venida,
oh trueno, la ruleta de mi vida.

El [Modernismo](#), establecido en el México del Porfiriato como una importante corriente literaria del siglo XX, se difundió ante la sensación del fracaso de creencias absolutas, religiosas o racionales, en las que se habían apoyado las anteriores interpretaciones de la realidad con el Positivismo. Sus propuestas dejaron de lado el compromiso social, comenta Vogt (1990), en la búsqueda únicamente de la belleza, siendo sus autores apolíticos, al mismo tiempo que apoyaron a la dictadura al ser protegidos del sistema, como [Luis G. Urbina](#) (1868-1934) o [Enrique González Martínez](#) (1871-1952), por lo que:

Para ellos la revolución de 1910 es un despertar desagradable.

Movimiento social que señala la terminación del Porfiriato, y con ello marcará el final del Modernismo y el Positivismo.

Al centro de una prosperidad cada vez más insultante para la privación de las mayorías surge en México un grupo de escritores hastiados por el supuesto progreso, ávidos de vivir como sus semejantes de otras sociedades. Ya que todos los objetos que rodeaban su vida cotidiana eran franceses, fatalmente quisieron escribir como se escribía en Francia, y probarlo todo para expresarlo todo.

[...] el mundo poético hispanoamericano se llena con imágenes de todas las mitologías, se puebla de palacios versallescos, jardines e interiores orientales, dioses, ondinas, ninfas, sátiros, efebos, cisnes, náyades, centauros, libélulas, princesas, abates, colombinas – toda la utilería de la cultura humanista, mise en scène que hoy nos parece exótica y ajena al medio americano, pero que en el tiempo de los modernistas formaba el sostén para la formación de las clases media y alta, y resultaba tan familiar como ahora pueden serlo los personajes de la televisión y los cómics. El invernadero y las flores artificiales parecen preferibles a la naturaleza usurpada y destruida por los afanes mercantiles. El mundo industrial comienza a sustituir al natural e irrumpe dondequiera el objeto: biombos, divanes, jarrones, colgaduras, lacas, oro, japonerías, miniaturas, joyeleros, frascos de perfumes, acuarelas, porcelanas, lámparas, marfil, perlas, esmaltes.

[...] Lo moderno es la industria, la producción masiva impone la moda. Para que el desarrollo continúe una moda debe sustituir vertiginosamente a la otra. Todas las transformaciones se aceleran. La poesía ya no tiene siquiera el recurso de detener el instante porque se ha inventado el cinematógrafo ("mecanismo reproductor de instantes", lo llama Amado Nervo). Muerto el trabajo artesanal, la misión del arte en la industria es crear artificios. Los hombres se saben como nunca fugaces. La aspiración a la duración se revela en la humildad de buscar una forma poética perfecta. El cuidar la forma es un acto moral.

[...] Al poeta como profeta o constructor de nacionalidades sucede el poeta como ingenioso, como dandy desafiado de una sociedad utilitaria o mártir del filisteísmo que le niega su protección lanzándolo a ganarse la vida en el mercado.



Conferencia *La literatura mexicana*, de Luis G. Urbina, que inauguró el 2º ciclo de conferencias del Ateneo de México

En tanto que periodistas los poetas de fin de siglo caen en manos de Rafael Reyes Spíndola que en 1896 funda *El Imparcial*, nuestro primer periódico moderno. Subvencionado por los Científicos, Reyes Spíndola importa vicios y virtudes de los diarios norteamericanos impresos en papel amarillo. Se le atribuye la frase de que los periodistas son como limones, a los cuales hay que sorber el jugo para arrojar luego con desprecio la corteza. Afirma que un reportero dura tres años, siete un editorialista y cuatro un cronista. [Pacheco, 1999: XLII-XLVI].



De acuerdo con Pacheco (1999: XLVI), el Modernismo mexicano comienza con la publicación del poema *Onix*, que [José Juan Tablada](#) (1871-1945) dedicó a Luis G. Urbina en la *Revista Azul*, el 17 de junio de 1894; al que siguió el poema erótico *Misa Negra*, el cual desataría la condena de la aristocracia científica porfirista, incluyendo a la propia esposa de Díaz, [Carmen Romero Rubio](#). Sobre estas críticas respondería Tablada señalando la hipocresía de quienes toleraban garitos y prostíbulos, pero que se escandalizaban ante una poesía erótica:

*A fin de remediar la situación de una literatura que tiene que refugiarse vergonzosamente en los diarios, sujeta a la censura de suscriptores y anunciantes, Tablada propone fundar: "una publicación estrictamente, exclusivamente literaria y artística, intransigente con cuanto interés no fuera el estético y que proclamando su espíritu innovador debería llamarse Revista Moderna"*³

[José Juan Tablada](#)

[Onix](#)

A Luis G. Urbina [1894]

Torvo fraile del templo solitario
que al fulgor nocturno lampadario
o a la pálida luz de las auroras
desgranas de tus culpas el rosario...
—¡Yo quisiera llorar como tú lloras!—

Porque la fe en mi pecho solitario
se extinguió, como el turbio lampadario
entre la roja luz de las auroras,
y mi vida es un fúnebre rosario
más triste que las lágrimas que lloras.

Casto amator de pálida hermosa
o enamorado de sensual impura
que vas —novio feliz o amante ciego—
llena el alma de amor o de amargura...
—¡Yo quisiera abrasarme con tu fuego!—

Porque no me seduce la hermosura
ni el casto amor, ni la pasión impura;
porque en mi corazón dormido y ciego
ha caído un gran soplo de amargura,
que también pudo ser lluvia de fuego.

¡Oh guerrero de lírica memoria
que al asir el laurel de la victoria
caíste herido con el pecho abierto...
para vivir la vida de la gloria!
—¡Yo quisiera morir como tú has muerto!—

[Misa negra](#)

¡Emen Hetan! (*Cri des stryges au sabbat*)

¡Noche de sábado! Callada
está la tierra y negro el cielo,
palpita en mi alma una balada
de doloroso ritornelo.

El corazón desangra herido
por el cilicio de las penas
y corre el plomo derretido
de la neurosis en mis venas.

¡Amada, ven! Dale a mi frente
el edredón de tu regazo,
y a mi locura, dulcemente,
lleva a la cárcel de tu abrazo.

¡Noche de sábado! En tu alcoba
flota un perfume de incensario,
el oro brilla y la caoba
tiene penumbras de santuario.

Y allá en el lecho do reposa
tu cuerpo blanco, reverbera
como custodia esplendorosa
tu desatada cabellera.

Con el murmullo de los rezos
quiero la voz de tu ternura,
y con el óleo de mis besos
ungir de Diosa tu hermosura.

Toma el aspecto triste y frío
de la enlutada religiosa
y con el traje más sombrío
viste tu carne voluptuosa.

Quiero cambiar el beso ardiente
de mis estrofas de otros días
por el incienso reverente
de las sonoras letanías.

Quiero en las gradas de tu lecho
doblar temblando la rodilla...
Y hacer el ara de tu pecho
y de tu alcoba la capilla.

Y celebrar ferviente y mudo,
sobre tu cuerpo seductor
¡lleno de esencias y desnudo,
la Misa Negra de mi amor!

³ Pacheco (1999: XLVII)

Porque al templo sin luz de mi memoria,
sus escudos triunfales la victoria
no ha llegado a colgar; porque no ha abierto
el relámpago de oro de la gloria
mi corazón obscurecido y muerto.

¡Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
saber qué obscuro advenimiento espera
el anhelo infinito de mi alma,
si de mi vida en la tediosa calma
no hay un Dios, ni un amor, ni una bandera!

De: *Florilegio*

Revista Moderna de México y Savia Moderna

La *Revista Moderna de México*, que se publicó por [Jesús E. Valenzuela](#) (1856-1911) entre los años de 1903-1911, contó con contribuciones de [Amado Nervo](#) (1870-1919), [Jesús Urueta](#) (1867-1920), además de [José Juan Tablada](#), y de pintores como [Julio Ruelas](#) (1870-1907), contiene una parte fundamental de la historia del modernismo en México y en América Latina, además de que tuvo un carácter científico, y de difusión de lo político y las actualidades.

Otra revista de divulgación cultural fue *Savia Moderna* (1906).

Jesús Emilio Valenzuela

En la noche

*¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,
ansí la muerte, la búsqueda yo mismo;
y á las negras orillas del abismo,
me habló Jesús en medio de la noche.*

*Alada brisa que en la sombra salta,
me dijo así su voz: aliento cobra,
valor para la muerte es lo que sobra,
valor para la vida es lo que falta.*

*Y un estremecimiento entre el follaje
(de hojas y aves) murmuró a mi oído
las notas de un cantar nunca aprendido
en las largas etapas del viaje.*

*Y en reversión hacia la edad primera,
á la voz inefable del maestro,
escuché en mi redentor el padre nuestro
que repetía la natura entera.*

*No fue su voz la dura del reproche,
sino dulce de amor y de ventura;
así en mis fuertes horas de amargura
me habló Jesús en medio de la noche.*

[Julio Ruelas](#) *En la noche* [1902]

Ilustración del poema de Jesús E. Valenzuela en la *Revista Moderna*, Año V, No. 4, febrero, p. 60



[Revista Moderna. Arte y Ciencia](#)



Jesús Emilio Valenzuela

El indio

*Pone los ojos en el sol, y avanza
el pie desnudo en risco y en espinas.
¿Qué ansia noble se ahoga en sus retinas
en donde el sol a retratarse alcanza.*

*En su frente se nubla una esperanza
como campo de luna en las neblinas...
Caminante, contéplalo, ¿Adivinas
en su rústica faz una asechanza.*

*Ya se yergue magnífico y heroico,
sobre un picacho de la sierra adusta:
y es el desdén de su ademán estoico.*

*Para la humanidad la eterna injusta,
el de las soledades majestuosas,
el del cielo, el del mar, el de las cosas.*

Savia Moderna, T. I, No. 3, mayo, 1906, p. 194

Jesús Emilio Valenzuela

Julio Ruelas

*...se le ha erigido un monumento:
teniendo por remate y fondo una
imperecedera y bronca piedra en
la que está esculpido el sátiro que
en dócil rama remécese soplando
la flauta, sobre el trozo en bruto de
impecable carrara –postrer y duro
lecho albeante– una mujer,
desolada, de mármol, [...] cae a un
golpe contundente del cincel de
nuestro Arnulfo Domínguez Bello,
y cierra para siempre los ojos.*

Revista Moderna de México, México, 17 de
septiembre de 1907, pp. 55-56



[El sepulcro de Julio Ruelas en el cementerio de Montparnasse](#)

La *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, se inició en julio de 1898, con un primer número que editó [Bernardo Couto Castillo](#) (1880-1901), apunta Pacheco (1999: XLVII); para ser financiada después por Jesús E. Valenzuela y posteriormente gracias a los aportes del millonario Jesús E. Luján. Para 1903 se conocería como *Revista Moderna de México*, en donde se publicaban trabajos de temas políticos, científicos y literarios *de actualidad*, además de presentar ilustraciones de Julio Ruelas. Publicación que desaparecería con el inicio de la Revolución, en junio de 1911, al mes siguiente del triunfo Maderista en Ciudad Juárez, Chihuahua.

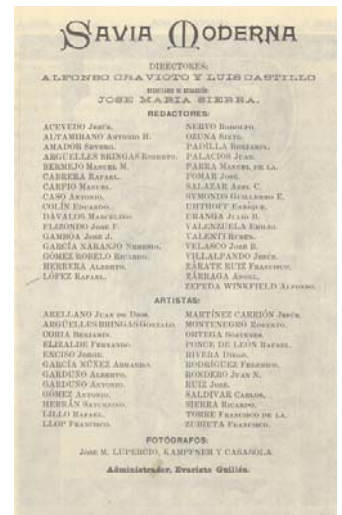
Existen problemas para ubicar a los autores modernistas, comenta Pacheco (1999: VII), principalmente debido a dos dificultades: una literaria al hacer un deslinde de lo que es y no es modernismo, ya que las posiciones *oficiales* ubican lo que es modernismo en la obra de [Efrén Rebollo](#) (1877-1929) y [Rafael López](#) (1873-1943).



[Julio Ruelas Llegada de Jesús Luján a la Revista Moderna \[1899\]](#)

Además de incluir parte de la obra de [Amado Nervo](#) (1870-1919) y de José Juan Tablada, resultando ser sus precursores Manuel Gutiérrez Nájera y [Salvador Díaz Mirón](#) (1853-1928); mientras que Luis G. Urbina sería el último romántico y [Manuel José Othón](#) (1858-1906) un poeta neoclásico opositor del modernismo.

[Directorio del primer número de Savia Moderna, marzo de 1906](#)



Adicionalmente Ramón López Velarde y [Francisco González de León](#) (1862-1945) se situarían como unos poetas provincianos; por lo que, incluyendo sus obras escritas hasta 1951, Enrique González Martínez acabaría siendo el último autor del movimiento. Por otra parte, continúa Pacheco, existe una dificultad política; ya que, si bien el Porfiriato no produjo el modernismo, éste estuvo condicionado por el Porfiriato, y casi todos los modernistas fueron seguidores de [Victoriano Huerta](#).



[Enrique González Martínez](#)



[Manuel Gutiérrez Nájera](#)



[Francisco González de León](#)



[Ramón López Velarde](#)



[Efrén Rebollo](#)

[Efrén Rebollo Cuarzos \[1902\]](#)

*Sculpte, lime, cisèle,
Que ton rêve flottant
Se scelle
Dans le bloc résistant.
Th. Gautier*

Prólogo

A José Juan Tablada

Uncioso amante de opulentos
Cofres cuajados de ornamentos,
Donde guardar mis pensamientos,
Vivi en el místico santuario
Del arte, y mudo y solitario
Como paciente lapidario,
En las sortijas y diademas
Rimé sonetos y poemas
Con las estrofas de las gemas,
Puliendo joyas de oro fino

Para que ardiera mi divino
Sueño en esmalte peregrino.
Por su tersura y transparencia
Grabé en la clara refulgencia
De los diamantes mi paciencia.
Mi fe es el jaspe veteadado,
Y en el zafiro immaculado
Está mi anhelo cincelado.
Con el carbunco que derrama
Su luz más roja que una llama
De mi amor digo la flama.

En la turquesa de agua pura
Rie destellos mi ventura
Y llora el ónix mi amargura,
Y así, labrando en la faceta
De los cristales o en la veta
De oro el ensueño del poeta,
Al pensamiento más sencillito
Le transmiti pureza y brillo
Con los cinceles y el martillo.
De *Cuarzos* (1896-1901)

[Rafael López La leyenda de los volcanes \(fragmento\) \[1910\]](#)

Ahí están; cual invencibles torres de Dios; con herrumbres
De cien siglos y despojos de cien razas... sus pilares,
sosteniendo de los cielos las espléndidas techumbres
lanzan al azul los duros capiteles de sus cumbres,
calcinadas por el fuego de las púrpuras solares.

Ahí están las bravas cumbres, de los astros fronterizas
de gloriosas tradiciones y episodios mil, cubiertas;
y cargando las mortajas de las nieves invernales,
como dos blancos patriarcas que conservan las cenizas
levantadas en el viejo polvo de las razas muertas.

En un golpe de tormenta que dejó rotas sus brumas
-oponiéndose a los hombres rubios, vástagos del sol-
contemplaron a Cuahtémoc más valiente que los pumas,
al terrible Sagitario del salvaje airón de plumas.
que tronaban sus torrentes con su ronco caracol.

Cuando como un sudario la silente luna empina
sobre el pálido Ixtaccihuatl su azufrosa calavera,
pasa en una visión trágica Moctezuma Ilhuicamina,
arrastrando el vano espectro de la infiel doña Marina
por las sierpes de Medusa de su indiana cabellera.

Por encima de la noche, su gigante flecha lanza
el triunfal Popocatepetl en su ascensión
y espejismo de oro sueñan en 1ª alegre lontananza.
Tal se eleva de la angustia más profunda, la esperanza,
y la vida se decora con mirajes de ilusión.

Ellos saben los tormentos de las razas ya vencidas
que formaron a la sombra de su mole colosal,
un imperio con florestas por jardines, cual los druidas
cuando vieron las dos alas de aquella águila, tendidas,
recogerse en las ríscosas esmeraldas de un nopal.

¿Qué feroz Huitzilopochtli, que Ahuitzol de mano aviesa,
sobre el Ixtaccihuatl tendió pálida y sin vida,
a la virgen ignorada que en sus hielos quedó presa?...
¿No será el trágico símbolo de una raza, la princesa
que insepulta entre sus ríscos para siempre está dormida?...

En sus torres asomados los eternos centinelas,
cuando los conquistadores espantaron el quetzal
y con mágicos alisios en las almas y en las velas
acercaron a estas playas sus audaces carabelas,
vieron redondearse el Globo con el mundo occidental.

En aquella alba de gloria de infinitas claridades
que una noche de tres siglos derrumbó con sus fulgores,
los volcanes advirtieron en sus mudas soledades
ascender hasta sus cumbres, las nacientes libertades
que arrojó a todos los vientos la campana de Dolores.

El orgullo de su frente cristaliza los anhelos
y los triunfos de los héroes victoriosos; a ellas sube
por el gran vapor de lágrimas de la Patria envuelta en duelos,
la esperanza en un Hidalgo, la epopeya de un Morelos:
un fanal en un eclipse y un bridón sobre una nube.

Almas, si queréis gloriosas palmas, sed como volcanes:
conservad, vivos, los fuegos de las esperanzas buenas,
y alegremente encaradas a borrasca y huracanes,
surgiréis más luminosas de los múltiples afanes
cual las esplendentes cumbres en los vértigos serena...

Ahí están incommutables. Torres de Dios. Soberanos.
Índice de tradiciones, de leyendas cementerios.
Arrecifes de las luchas y el afán de los humanos,
en sus cúspides se rompen los bullicios ciudadanos
y sus pórfidos son lápidas de ciudades y de imperios.

Ahí están; y en la grandeza de su triunfo solitario,
en la paz y en el silencio de su augusta eternidad...
ven que en un cuadrante insólito, un gran sol extraordinario
marca la hora memorable que da vida a un centenario
la hora santa, la hora inmensa, la hora de la libertad...

Manuel Gutiérrez Nájera *Para entonces*

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta al vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste, retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona.

Enrique González Martínez
[*Silenter* 1909]

Irás sobre la vida de las cosas...

Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud; que todo lleve
a tu sensoria luz: blancor de nieve,
azul de linfas o rubor de rosas.

Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente
lo mismo el solloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella.

Que asciendas a las cumbres solitarias
y allí, como arpa eólica, te azoten
los borrascosos vientos, y que broten
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra
al humano redil que abajo queda,
y que afines tu alma hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Ramón López Velarde *Elogio a Fuensanta*

[1905]

Tú no eres en mi huerto la pagana
rosa de los ardores juveniles;
te quise como a una dulce hermana
y gozoso dejé mis quince abriles
cual un ramo de flores de pureza
entre tus manos blancas y gentiles.

Humilde te ha rezado mi tristeza
como en los pobres templos parroquiales
el campesino ante la virgen reza.

Antífona es su voz, y en los corales
de tu mística boca he descubierto
el sabor de los besos maternos.

Tus ojos tristes, de mirar incierto,
recuérdanme dos lámparas prendidas
en la penumbra de un altar desierto.

Enrique González Martínez
[*Los senderos ocultos* 1911]

Tuércete el cuello al cisne

Tuércete el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia no más, pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda... y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira al sapiente búho cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta
pupila, que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno

Las palmas de tus manos son unguidas
por mí, que provocando tus asombros
las beso en las ingratas despedidas.

Soy débil, y al marchar por entre escombros
me dirige la fuerza de tu planta
y reclino las sienes en tus hombros.

Nardo es tu cuerpo y tu virtud es tanta
que en tus brazos beatíficos me duermo
como sobre los senos de una Santa.

¡Quién me otorgara en mi retiro yermo
tener, Fuensanta, la condescendencia
de tus bondades a mi amor enfermo
como plenaria y última indulgencia!

Enrique González Martínez
[*La muerte del cisne* 1915]

Mañana los poetas

Mañana los poetas cantarán en divino
verso que no logramos entornar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana los poetas seguirán su camino
absortos en ignota y extraña floración,
y al oír nuestro canto, con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

*Que te ames en ti mismo, de tal modo
compendiendo tu ser cielo y abismo,
que sin desviar los ojos de ti mismo
puedan tus ojos contemplarlo todo.*

*Y que llegues, por fin, a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.*

El Ateneo de la Juventud

Los planteamientos de los escritores naturalistas y modernistas tuvieron su continuidad con los planteamientos literarios y filosóficos del [Ateneo de la Juventud](#) (1909), cuyos representantes buscaban romper el cerco intelectual que el [Positivismo](#) había impuesto en los estudios superiores de México, como recordaba [Pedro Enríquez Ureña](#) (1884-1946):

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte pompier: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico. Hernández (2000: 200)



[Miembros del Ateneo de la Juventud](#)



[Ateneístas y amigos](#): sentados el pintor Jorge Enciso y los escritores Julio Torri y Xavier Icaza, de pie Genaro Estrada, Francisco A. de Icaza, y Mariano Silva y Aceves

Y, al decir de Reverte (1986), *la imitación servil de Francia*. Sus integrantes volcaron su interés por la cultura humanística, mostraron un profundo americanismo con conocimiento y estudio de la cultura mexicana, además de una pasión por la cultura clásica y el pensamiento universal. Una de las figuras relevantes fue [Alfonso Reyes](#) (1889-1959); quien, como señala Castañón (2005), fue autor de obras en verso y en prosa:

...donde el horizonte de la cultura mexicana se tiende como una puerta que le permite no sólo interrogar y enriquecer su raigambre nacional y aun continental, sino también de las tradiciones clásicas cervantina y helénica.

Al finalizar el siglo XIX sólo la filosofía positivista, en las versiones de [Auguste Comte](#) (1798-1857), [John Stuart Mill](#) (1806-1873)2 y [Herbert Spencer](#) (1820-1903), gozaba de una situación académica en las instituciones educativas y en la vida intelectual del país; que, al decir de Alfonso Reyes (1914):

...sí fue de utilidad para la restauración social, vino a ser a la larga pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o la filosofía, mas del espíritu mismo; como reacción liberal borró el latín, por considerarlo que era la misma cosa que la Iglesia, y con el latín borro la literatura, por lo que toda cultura fundamental desapareció y todo humanismo se perdió.



[Pedro Henríquez Ureña](#)



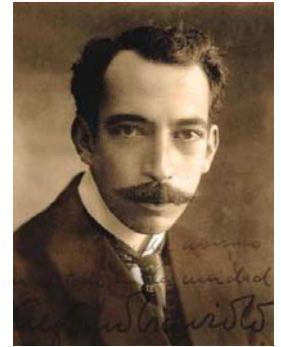
[Alfonso Reyes](#)



[Antonio Caso](#)



[Jesús Tito Acevedo](#)



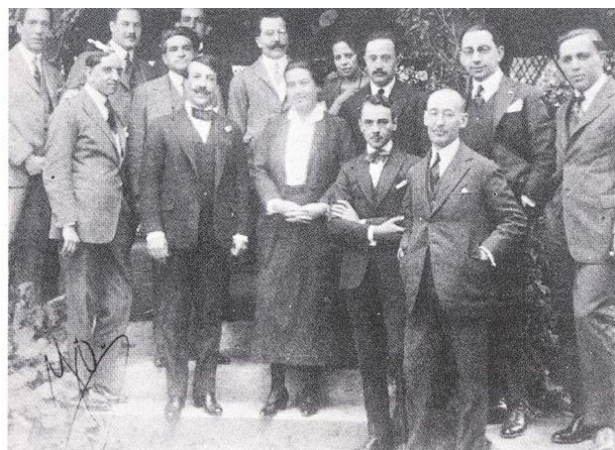
[Alfonso Cravioto](#)

Para un grupo de jóvenes estudiantes universitarios este ambiente resultó asfixiante, por lo que al decir de [Pedro Henríquez Ureña](#) (1925), integraron un grupo con: [Antonio Caso](#) (1883-1946), [Alfonso Reyes](#) (1889-1959), [Jesús T. Acevedo](#) (1882-1918), [Alfonso Cravioto](#) (1884-1955), [Ricardo Gómez Robelo](#) (1884-1924), Manuel de la Parra (1878-1930), [Genaro Fernández MacGrégor](#) (1883-1959) y [José Vasconcelos](#) (1882-1959), entre otros, para leer y divulgar a los filósofos que el positivismo condenaba como inútiles; desde [Platón](#) hasta [Immanuel Kant](#) y [Arthur Schopenhauer](#), además de [Friedrich Nietzsche](#). Descubrieron a [Henri Bergson](#), [Émile Boutroux](#), [William James](#), [Benedetto Croce](#), además de revisar las literaturas modernas de Francia, Inglaterra y España. Acevedo concibió la idea de crear una [Sociedad de Conferencias](#), en 1907 y 1908, que serían acompañadas con recitales de música y poesía para propagar las nuevas ideas entre los literatos, poetas, músicos y pintores de aquellos años.

El Ateneo se formó en 1909 en la [Escuela Nacional Preparatoria](#); al decir de Caso, para dar forma social a una nueva era de pensamiento. Al decir de Vasconcelos (1935), con el propósito de crear una institución para el cultivo del saber nuevo que habían hallado, el cual no podía encontrarse en las agrupaciones que discutían: *el rancio saber escolástico del catolicismo*, aquellas en que se recordaba *la ideología superficial de la época de la Reforma*, ni en *las positivistas dominadas al amparo del despotismo oficial*. Se inspirarían en una estética ni romántica ni modernista, ni mucho menos positivista o realista, señala Vasconcelos (1911), sino de una manera mística fundada en la belleza, con una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas.



[Integrantes del Ateneo de la Juventud](#)



[Ateneístas](#): Ricardo Gómez Robelo, Roberto Montenegro, Antonio Caso, Alfredo L. Palacios, Gabriela Mistral, Carlos Pellicer, Julio Torri, Francisco L. del Río, Alberto Vázquez del Mercado, Palma Guillén, Vasconcelos y Manuel Gómez Morín [1923]

Alfonso González Martínez, [Luis G. Urbina](#), [Justo Sierra](#), Antonio Caso y Jesús Ureta introdujeron en el *Ateneo*, por medio de conferencias, el gusto por la antigua Grecia, comenta Castañeda (2002: 28). Así, para Reyes *el arte inseparable de su contexto es concebido como una continua victoria de la ciencia sobre el caos de las realidades exteriores*.

Por su parte, Henríquez Ureña comenta:

Nunca hemos recibido mejor disciplina espiritual (...) Las humanidades viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo. Son la musa portadora de dones y de ventura interior, fors clavijera para los secretos de la perfección humana.

Mientras que para Fernández (1946), el *Ateneo* integró un grupo literario de tendencias heterogéneas con la tarea de reunirse para leer y comentar, en donde cada uno de los asociados era distinto radicalmente del otro; con un elemento común a las actividades del grupo, ya que cada uno a su manera colaboró para transformar el ambiente espiritual de la época. Cuyo mérito consistió de la práctica de acudir a las fuentes, ya que con anterioridad existía el hábito de las citas incompletas y vagas, derivadas de lecturas de segunda mano.

Señaló que no eran humanistas ni podían serlo, *dado el absurdo y sectario programa de aquella enorme mediocridad de la educación de su época*; apuntando que:

...en honor de la verdad, y por lo que a algunos de nosotros tocó, ni pudimos haber sido humanistas ni queríamos serlo; desde el principio comprendimos que bien vale la pena sacrificar la posibilidad de leer de corrido en griego y latín, con tal de enterarnos del vasto caudal científico de nuestra época y del saber general de la humanidad: después de todo, las traducciones ya están hechas y si hacen falta más, que se dediquen a eso los traductores.

Alfonso Reyes

[Visión del Anáhuac](#) (Fragmento) 1915

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agría seguramente (por mucho que en vez de



[Bienvenida a la Universidad del grupo Ateneo de la Juventud, paraninfo de la Antigua Normal Primaria para Maestros \[1914\]](#)

colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el Viejo Mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital: los chorros de verdura por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, le dard empoisonné du sauvage! En estos derroches de fuego y sueño —poesía de hamaca y de abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Jesús Tito Acevedo

[Apariencias arquitectónicas](#) (Fragmento) [Conferencias del Ateneo 1907]

Parecería que esta afloración artística [el arte Gótico] no debía terminar nunca; mas con el tiempo, la humanidad sigue otras rutas y abandona aquellas en donde encuentra fuerza e ideal. Sólo en Venecia sigue esta arquitectura su camino: fundada sobre el mosaico y la greca de los bizantinos y poniendo a un lado sus ornatos para fijar sus formas según leyes cada vez más severas, se ofrece al fin como el modelo del gótico doméstico tan grandioso, tan completo, tan notablemente disciplinado, que jamás existió arquitectura privada que reclamase con tanta justicia nuestro respeto. Ni siquiera exceptúo al dórico griego: el veneciano del siglo XIV había desechado uno a uno, durante siglos, todos los esplendores que el arte y la riqueza podían darle. Había depuesto su corona y sus alhajas, sus oros y su color, como un rey que se desviste; había renunciado al ejercicio como un atleta que reposa. Caprichoso y fantástico cuando comenzó, se sujeta luego a leyes tan inviolables y serenas como las de la naturaleza misma. No quiso más que retener su belleza y su fuerza, ambas supremas pero siempre contenidas. Las canaladuras dóricas varían en cantidad; las molduras italianas fueron inmutables. El modo dórico decorativo no admitía tentaciones, era el ayuno del anacoreta; la ornamentación veneciana, en tanto que reinó, abrazó todas las formas de la flora y la fauna. Fue la temperancia del hombre, el imperio de Adán en la creación. No conozco signo tan magnífico de autoridad humana que pueda compararse con este omnipotente imperio del arte veneciano sobre su propia exhuberancia de imaginación y con esta tranquila y solemne prudencia con la que, a pesar de su espíritu colmado de fantásticos follajes ondulados y de vida ardiente, da a sus pensamientos una expresión momentánea y luego se retira a sus barras macizas y a sus lobos de piedra uniforme...

[Acevedo Jesús Tito (1907), "Apariencias arquitectónicas", en: Mariscal Federico E. (prólogo y recopilación) (1920), *Disertaciones de un arquitecto*, México, Ediciones México Moderno, Biblioteca de autores mexicanos modernos, p. 24 y ss.]

Pedro Henríquez Ureña

[Don Juan Ruiz de Alarcón](#) (Fragmento) [Conferencia pronunciada en la Librería General de México el 6 de diciembre de 1913]

Alarcón nació en la ciudad de México, hacia 1580. Marchó a España en 1600. Después de cinco años en Salamanca y tres en Sevilla, volvió a su país en 1608, y se graduó de licenciado en Derecho Civil por la antigua Universidad de México. De allí, suponía Fernández-Guerra, había regresado a Europa en 1611; pero el investigador mexicano Nicolás Rangel ha demostrado que Alarcón se hallaba todavía en México a mediados de 1613, cuando su célebre biógrafo lo imaginaba estrenando comedias en Madrid. En la corte no lo encontramos hasta 1615. A los treinta y cuatro años de edad, más o menos, abandonó definitivamente su patria: en España vivió veinticinco más, hasta su muerte. Hombre orgulloso, pero discreto, acaso no habría sido víctima de las acres costumbres literarias de su tiempo, a no mediar su deformidad física y su condición de forastero. Sólo unos dos lustros debió de entregar sus obras para el teatro. Publicó dos volúmenes de comedias, en 1628 y 1634; en ellos se contienen veinte, y en ediciones sueltas se le atribuyen tres más: son todas las rigurosamente auténticas y exclusivamente suyas. Con todas las atribuciones dudosas y los trabajos en colaboración —incluyendo los diez en combinación con Tirso que le supone el francés Barry—, el total apenas ascendería a treinta y seis; en cambio, Lope debió de escribir más de mil— aun cercenando sus propias exageraciones y las aún mayores de Montalván—, Calderón cerca de ochocientas y Tirso cuatrocientas.

Fuera del teatro, sólo produjo versos de ocasión, muy de tarde en tarde. De seguro empezó a escribir comedias antes de 1615, y tal vez algunas haya compuesto en América; de una de ellas, *El semejante a sí mismo*, se juzga probable; y, en realidad, tanto ésa como *Mudarse por mejorarse* (entre ambas hay muchas semejanzas curiosas), contienen palabras y expresiones que, sin dejar de ser castizas, se emplean más en México, hoy, que en ningún otro país de lengua castellana. Posibilidad tuvo de hacerlas representar en México, pues se edificó teatro hacia 1597 (el de don Francisco de León) y se estilaban "fiesta y comedias nuevas cada día", según testimonio de Bernardo de Valbuena en su frondoso poema de *La grandeza mexicana* (1604). Probablemente colaboró, por los años de 1619 a 1623, con el maestro Tirso de Molina, y si *La villana de Vallecas* es producto de esa colaboración, ambos autores habrán combinado en ella sus recuerdos de América: Alarcón, los de su patria; Tirso, los de la Isla de Santo Domingo, donde estuvo de 1616 a 1618.

[Henríquez Ureña Pedro (1928), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Editorial Babel, p. 39; tomado de Cielonaranja.com, <http://humanidades.uprrp.edu/smjeg/reserva/Estudios%20Hispanicos/espaa4222/Prof%20Emilio%20Baez/PedroHenr%C3%ADquezUre%C3%B1a-Seis%20ensayos%20en%20busca%20de%20nuestra%20expresi%C3%B3n.pdf>]

José Vasconcelos

[El movimiento intelectual contemporáneo de México](#) (Fragmento) [Conferencia leída en la Universidad de San Marcos de Lima, Perú, el día 26 de julio de 1916. Tomada del periódico *Baja California*, Lima, julio, 1916]

...[a Justo Sierra] debe aquella generación la conciencia definitiva de su propio momento [...]. A los entusiasmos comitistas opuso la fina ironía y la elevación de su pensamiento. Al público ilustrado siempre repitió en sus memorables discursos que la ciencia está muy lejos de ser lo indiscutible, pues sus mismos principios son materia constante de debate, y aun suponiéndola fija y perfecta, ella no es otra cosa que la disciplina y el conocimiento de lo relativo y nada dice, ni pretende decir, sobre los objetos en sí mismos. Los sistemas y las hipótesis científicas, como las filosóficas, declara, son organismos vivos, que, como todo lo que vive, cambia y necesita la refacción perenne de la muerte.

Este hombre extraordinario, que del romanticismo jacobino y todavía más lejos, de la fe tradicional pudo pasar a la comprensión clara de todos los problemas de la ciencia y reformar su mentalidad entera conforme a estas nuevas convicciones: que dedicó toda su energía al magisterio y después a la educación general como ministro de Estado y organizador de la cultura moderna en México, tuvo todavía flexibilidad de espíritu bastante para adivinar los nuevos derroteros del pensamiento. En su discurso inaugural de la nueva Universidad, pronunciado en el año del Centenario de la independencia mexicana, reconoce y acoge el nuevo idealismo francés, y también la nueva crítica, la crítica de la ciencia emprendida por los mismos sabios, por los autores de esa ciencia con el propósito de asignar al empirismo su justo lugar entre los recursos admirables del ingenio humano, pero después de calificarlo tan categóricamente como todo lo que procede de la unión miserable y misteriosa de un hombre y una mujer.

Reyes vivió entre 1913 y 1927, al decir de Martínez (2012), un destierro más o menos honorable como diplomático. Primero en Francia, luego de los acontecimientos golpistas en que se vio involucrado su padre [Bernardo Reyes](#); convirtiéndose en esta larga permanencia en una personalidad prominente entre los intelectuales hispanoamericanos y sus allegados europeos. Primero estuvo al servicio del gobierno de [Victoriano Huerta](#) hasta el triunfo constitucionalista en 1915, para trasladarse posteriormente a Madrid, donde reingresaría al servicio diplomático con el gobierno de [Álvaro Obregón](#) y, posteriormente, en París durante el de [Plutarco Elías Calles](#), quien utilizó sus servicios en Buenos Aires, continuando estas tareas al servicio de los gobiernos de [Pascual Ortiz Rubio](#) y [Abelardo L. Rodríguez](#) en Río de Janeiro y de regreso en Argentina, hasta 1938.



Su lejanía geográfica del país no impidió su conocimiento de los acontecimientos y su presencia intelectual entre los intelectuales de México, a través de su producción y los intercambios con otros artistas y escritores. Sus tareas diplomáticas se enmarcaron, comenta Martínez, en un escenario de pronunciamientos militares y golpes de Estado por facciones políticas a lo largo de toda Latinoamérica, en tanto se lograba la integración económica y política de sus repúblicas, que al mismo tiempo se mostraban recelosas con el Brasil, tradicionalmente aislado en el continente como una especie de *otra América*, a lo que se sumaba la amenaza constante para todos del intervencionismo estadounidense.

[Presentación de credenciales en la Casa Rosada de Buenos Aires \(1936\)](#)

La Novela de la Revolución

Sobre los inicios de este estilo literario, apunta Glantz (1989) que existe acuerdo en concederle a Mariano Azuela este privilegio, mientras que ubicaríamos a [Heriberto Frías](#) (1870-1925) como su principal antecesor con su relato *Tomóchic* [1906], que ubica los inicios de los movimientos armados en contra del Porfiriato. Para algunos críticos literarios como [Adalberto Dessau](#), comenta Glantz, la novela de la revolución expresa el repudio a la literatura producida durante el Porfiriato, considerada como *la bohemia superficialidad del modernismo*. Con lo que la novela revolucionaria siguió los cánones de la novela naturalista francesa, para incursionar por los caminos de un realismo crítico.

De tal manera que podemos ubicar, dentro este formato literario, algunas de las primeras obras de Azuela, como *Andrés Pérez*, *Maderista* [1911], que escribió al iniciarse el movimiento dirigido por [Francisco I. Madero](#); además de otras novelas que escribió durante el desarrollo del [Constitucionalismo](#), como: *Los caciques* [1914], y *Los de abajo*, esta última escrita en 1915 y publicada en 1916 en El Paso, Texas, durante su destierro debido a su participación con el movimiento [Villista](#). Posteriormente Azuela publicó diversas obras, escritas durante el gobierno de [Venustiano Carranza](#), como: *Las moscas*, *Domitilo quiere ser diputado* y *Las tribulaciones de una familia decente*, todas ellas publicadas en 1918.



[Heriberto Frías](#)



[Mariano Azuela](#)



[Martín Luis Guzmán](#)



[Rafael F. Muñoz](#)



[Francisco L. Urquiza](#)

Sobre el desarrollo y los motivos de sus autores para escribir la novela de la revolución, comenta Glantz que estos relatos se generaron debido a la necesidad de algunos escritores por analizar el pasado histórico, en momentos en que el desarrollo de su propia existencia los urgía a expresar sus vivencias, y las de sus contemporáneos, en un México en donde aún se desarrollaban los conflictos de la lucha armada y el propio movimiento revolucionario iniciaba su proceso de hacerse gobierno. Estas obras se multiplicaron, escritas por testigos o actores del conflicto, desde la perspectiva de las diversas facciones en discordia, que presentan las visiones de autores que fueron [anarcosindicalistas](#) como [Ricardo Flores Magón](#); maderistas como Azuela; obras de villistas como [Martín Luis Guzmán](#) (1887-1976): *El águila y la serpiente* [1928] o

La sombra del caudillo [1929], o [Rafael F. Muñoz](#): (1899-1972) *¡Vámonos con Pancho Villa!* [1931] o *Memorias de Pancho Villa* [1935]; carrancistas como [Francisco L. Urquiza](#) (1891-1969): *Memorias de campaña* [1920]; incluso la visión desde la perspectiva del orozquismo presentada por Muñoz en *Se llevaron el cañón para Bachimba* [1941]; además de la perspectiva desde el campo de las tropas federales como lo presenta Urquiza en su obra *Tropa vieja* [1935], para mencionar sólo a algunos autores.

Sobre la cronología de la novela revolucionaria, comenta Glantz que es difícil de determinar su terminación, como estilo literario, ya que algunos ubican este tipo de obras hasta la aparición de la novela de [José Revueltas](#) (1914-1976) *El luto humano* [1943]. Otros más con la aparición de la novela de [Agustín Yáñez](#) (1904-1980) *Al filo del Agua* [1947]; incluso algunos señalan la publicación de las obras de [Juan Rulfo](#) (1918-1986): *El Llano en llamas* [1953] o *Pedro Páramo* [1955]. Otros más apuntan la obra de [Carlos Fuentes](#) (1928-2012) *La muerte de Artemio Cruz* [1962], o la parodia realizada por [Jorge Ibarquengoitia](#) (1928-1983), *Los relámpagos de agosto* [1964], sobre la novela *La sombra del caudillo* [Martín Luis Guzmán]; incluso, se ha señalado que las novelas indigenistas de [Ricardo Pozas](#) *Juan Pérez Jolote* [1948], y *Balún Canán* [1957] de [Rosario Castellanos](#) (1925-1974), se integran como obras de esta forma literaria.

Sobre este asunto relativo a la cronología, Glantz refiere el juicio de [Antonio Castro Leal](#):

...por novela de la Revolución Mexicana hay que entender el conjunto de obras narrativas, de una extensión mayor que el simple cuento largo, inspirado en las acciones militares y populares, así como en los cambios políticos y sociales que trajeron consigo los diversos movimientos (pacíficos y violentos) de la Revolución que principia con la rebelión maderista el 20 de noviembre de 1910, y cuya etapa militar puede considerarse que termina con la caída y muerte de Venustiano Carranza, el 21 de mayo de 1920 ...[Glantz, 1989]

Sobre su contenido, que para algunos tiene una validez de fuente histórica, Glantz comenta que:

...la mayor parte de los textos se ocupan del derrocamiento de Huerta, el enemigo común, y luego, de las disidencias entre Carranza, Zapata y Villa, y muchas de las novelas tienen como personaje principal directo o indirecto al Jefe de la División del Norte.

[Heriberto Frías Tomochic](#) [1906]

Capítulo II ¡Qué linda!

Detúvose Mercado en el umbral de la puerta del fonducho al oír una tenaz y confusa algarabía de voces, gritos y carcajadas, mezclados a un agradable estrépito de vajilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas.

Mas no dejó de intimidarse un poco, viendo, ante larga mesa, instalados a quince o veinte militares desconocidos para él, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, hablando los más, comiendo y bebiendo todos.

Era aquello más bien una tienda, lleno el armazón de botellas vacías, sirviendo de mesa el mostrador cubierto con un grasiento mantel, atestado de platos y de cascos de cerveza.

Había allí oficiales del Quinto Regimiento, del Undécimo Batallón y del Cuerpo de Seguridad Pública del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Miguel, al momento, que eran jefes, por lo que dijo a Gerardo:

- Oye, tú; aquí hay muchos superiores; - pero aquél lo arrastró, tomándole del brazo. Y como la mesa era extensa y había amplio hueco cerca de un extremo, se sentaron allí, gritando el tenientito chaparrón:

- ¡Cuca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida; y Miguel, pensativo, prestó oído a la conversación que animábase ruidosamente, a medida que el hambre se satisfacía.

Después de pasear su vista por los rostros plácidos reconoció a Castorena, sub teniente también del Noveno Batallón, a quien juzgaba él su mayor enemigo.

Era un adolescente rechoncho, cabezota de ensortijados cabellos azafranados y voz cavernosa, a quien, sin motivo, odiaba cordialmente.

Ya se comía menos, pero se bebía y se hablaba más. Y Castorena, un poco ebrio, relampagueante, improvisaba brindis en verso, que unos cuantos oficiales aplaudían, en tanto que la charla continuaba entre otros camaradas menos alegres.

Y dos criadas, altas y blancas, vestidas de percal claro y con mascaradas rojas en el cuello, iban y venían muy atareadas, llevando los platos o botellas de cerveza.

- Lo que es ahora sí -declaraba un teniente del Onceno Batallón, de enormes bigotes grises y cara de corsario-, ahora va en serio el negocio; todo está muy bien combinado; somos muchos; les vamos a hacer pedacitos; cuestión, a lo más, de una hora ... ¡ni el polvo nos ven!

- De veinte minutos, compañero -acentuó un mayor-; el coronel Torres, que viene de Sonora con cien hombres del Duodécimo Batallón y con sus pimas, indios muy buenos para el pleito y que conocen muy bien la sierra, nos va a ayudar.

Y se puso a referir al capitán del Noveno que tenía al frente, las causas de la derrota del día dos de septiembre: ningún plan bien concebido; completo desconocimiento del terreno; y, sobre todo, la traición incomprensible de Santa Ana Pérez, quien con más de sesenta hombres de la fuerza del Estado de Chihuahua, se pasó -decían- cínicamente al enemigo.

- Pero oiga usted, mi mayor -exclamó Castorena, poniéndose grave- ¿qué, son tan terribles esos hombres? En todas partes, desde Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir algunos que no les entran las balas.

- Son terribles, compañero; conocen su carabina Winchester a las mil maravillas; han sostenido desde niños un eterno combate contra los apaches y los bandidos; pueden correr vendados por la sierra sin dar un mal paso, pero son excesivamente ignorantes y altaneros. No se ha cuidado de ilustrarlos y quieren independerse de los dos poderes a los cuales hasta hoy han obedecido: el Clero y el Gobierno. Están bajo una obsesión imbécil ... ¿quién los sugiestiona ...? Desconocen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y piden imposibles. ¡Hay que acabar de una vez con ellos ...! Será cruel pero necesario: ¡Suprimirlos!

En aquel momento, Cuca, una deliciosa mujercita, gorda y risueña, de ojos negros muy bellos, llevó a Miguel y a Gerardo dos platos de humeante y sabroso caldo, que ambos empezaron a beber con sorbos estrepitosos.

Y luego hubieron de esperar con paciencia los demás platillos, escuchando las palabras del mayor, que seguía disertando sobre los enemigos a quienes iban a batir en Tomochic.

Encantóle al joven la manera razonable como se expresaba aquél; sin embargo, no se daba cuenta aún de la cuestión, no podía penetrar la causa del alzamiento obstinado de ese pueblo ignorante, y el espíritu a veces malicioso y desconfiado de Miguel entreveía algo tenebroso y podrido ...

Castorena, con el rostro purpúreo, escurriéndole la cerveza por el chaquetín empolvado, tomó un vaso lleno, y gritó, poniéndose repentinamente en pie:

*Sí, señor, hay que acabar
Con el fanatismo necio.
Vamos a bailar de recio,
¡A Tomochic a triunfar!*

Tan chabacano brindis entusiasmó a todos, menos a Mercado, a quien los chistes del guasón de Castorena le irritaban por demasiado toscos y soeces.

Después se brindó por los que iban como valientes a defender al Gobierno, que según el mayor significaba la causa del orden, la paz, la civilización, etc. El mayor brindó respetuosamente por el general Porfirio Díaz, por el victorioso regenerador de la Patria, etc.

Y Miguel seguía escuchando, taciturno, devorando ávidamente un trozo sanguinolento de carne asada.

Aún no se acostumbraba a aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre camaradas arrojados de aquí para allá, repentinamente, por el destino, tal vez en vísperas de una catástrofe.

Hacia dos años que Mercado se encontraba en las más del Noveno Batallón (al que pasó del Colegio Militar, donde cursaba su tercer año de estudios para ingeniero), a causa de un drama de familia que había sacudido su estudiantil existencia de bohemio melancólico.

Episodio sencillo y cruel que había truncado para siempre todo el hermoso porvenir que soñara, y fue que su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba. Enferma y sin recursos, iba ya a entrar al hospital, pero Miguel lo impidió pasando voluntariamente al ejército, y ayudándola en su miseria con el reducido sueldo de subteniente. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas francas, pero fue imposible; cayó al vicio. En vez de libros, copas. ¡Se hizo borracho!

Sufrió el contagio malsano de la pereza que engendra la existencia rutinaria y monótona de una guarnición, y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer tristemente su alto espíritu ante la rudeza de la disciplina y ante la vulgaridad de la vida del cuartel, y para resignarse se sumergió en el siniestro olvido del alcohol, solitariamente ...

Su inteligencia, su imaginación, su sentimiento, eran inútiles en las trivialidades de la vida militar. Él, que resolvía con la mayor facilidad problemas de cálculo infinitesimal, o debatía sobre cuestiones de derecho de la guerra, no podía mandar sin atrojarse un ínfimo pelotón de soldados, por lo que, en realidad, era un pésimo oficial.

Además, su constitución física era entonces muy delicada. Extremadamente flaco, pálido y nerviosísimo, con su cara larga de viejo, que era un sarcasmo en sus plenos veinte años, y sus verdes ojos tristes, inspiraba lástima, una gran piedad despectiva.

Era una planta exótica, con su eterna melancolía entre la alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y calaveras, pero en general, cumplidos en el servicio, galantes, como marciales hijos del Colegio Militar.

En vano intentaba ser bromista y expansivo con ellos, que en el fondo le querían, pero que ostensiblemente le despreciaban. No podía congeniar con seres que lo satirizaban con ironías crueles y cuyas conversaciones banales le aturdían, aun reconociendo él su inferioridad como soldado.

Así fue que aquel día, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascos de cerveza al destaparse, él contemplaba, siempre triste, en silencio, su plato ya vacío. Le pasaron un vaso desbordante de espuma, y tuvo que brindar poniéndose en pie, diciendo tímidamente, copa en mano:

- ¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del Gobierno, la derrota de los revoltosos y por el orden, que es la paz y el progreso!

Chocaron los vasos salpicando el tosco mantel. Y se hizo un grave silencio en la estancia humeante y calurosa, cruzado por nobles pensamientos.

En ese instante entró a la fonda una jovencita alta, cimbradora y ligera, con falda de lana guinda. Amplió chal a cuadros rojos y negros caíale en sus hombros gentilmente. Sus cabellos oscuros formaban una gruesa trenza pesada sobre el chal. No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró en la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del oficial, poniendo en su lugar otro con frijoles, murmurándole al oído:

- Esa muchacha es de Tomochic, y dicen que es hija de San José.

Cuando Mercado iba a preguntar más, un teniente del Estado Mayor, que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca, exclamó:

- Están tocando llamada de honor en el Cuartel General. ¡Vámonos!

Hubo un gran movimiento y ruido de sillas, y todos se levantaron limpiándose la boca con el mantel, después de echar el último trago de cerveza, pagando cada uno tres reales a Cuca.

Miguel, que fue el último, se acercó a la puerta de la cocina, mientras esperaba el vuelto de un billete de cincuenta centavos. Pudo oír entonces una voz de un timbre melancólico y dulce y de inflexiones cariñosas, llegando a sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos:

- Sí, don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos a Tomochic, ¡María Santísima nos valga!

Y Mercado, corriendo un punto, es decir, alargando el cinturón de su espada, escapó, llevando la impresión luminosa y grata de la jovencita gracil, de la hija de San José, que debía marchar también a Tomochic.

Y al pensar en el ritmo de su paso, en sus fugitivas gracias y en su femenil adolescencia, una ráfaga de frescura ensanchó el oprimido pecho de Miguel bajo la hornaza de la siesta, y murmuró:

- ¡Qué linda!

Ricardo Flores Magón *El apóstol* [1911]

Atravesando campos, recorriendo carreteras, por sobre los espinos, por entre los guijarros, la boca seca por la sed devoradora, así va el Delegado Revolucionario en su empresa de catequismo, bajo el sol, que parece vengarse de su atrevimiento arrojando sobre él sus saetas de fuego; pero el Delegado no se detiene, no quiere perder un minuto.

De alguna que otra casuca salen, a perseguirlo, perros canijos, tan hostiles como los miserables habitantes de las casucas, que rien estúpidamente al paso del apóstol de la buena nueva.

El Delegado avanza quiere llegar a aquel grupo de casitas simpáticas que relucen en la falda de la alta montaña, donde -se le ha dicho- hay compañeros. El calor del sol se hace insoportable; el hambre y la sed lo debilitan tanto como la fatigosa caminata; pero en su cerebro lúcido la idea se conserva fresca, límpida como el agua de la montaña, bella como una flor sobre la cual no puede caer la amenaza del tirano. Así es la idea: inmune a la opresión.

El Delegado marcha, marcha. Los campos yermos le oprimen el corazón. ¡Cuántas familias vivirían en la abundancia si esas tierras no estuvieran en manos de unos cuantos ambiciosos! El Delegado sigue su camino; una víbora suena su cascabel bajo un matorro polvoriento; los grillos llenan de rumores estridentes el caldeado ambiente; una vaca muge a lo lejos.

Por fin llega el Delegado al villorrio, donde -se le ha dicho- hay compañeros. Los perros, alarmados, le ladran. Por las puertas de las casitas asoman rostros indiferentes.

Bajo un portal hay un grupo de hombres y de mujeres. El apóstol se acerca; los hombres fruncen las cejas; las mujeres le ven con desconfianza.

-Buenas tardes, compañeros- dice el Delegado.

Los del grupo se miran unos a los otros. Nadie contesta el saludo. El apóstol no se da por vencido y vuelve a decir:

-Compañeros, vengo a daros una buena noticia: la Revolución ha estallado.

Nadie le responde; nadie despega los labios; pero vuelven a mirarse unos a los otros, los ojos tratando de salirse de sus órbitas.

-Compañeros -continúa el propagandista- la tiranía se bambolea; hombres enérgicos han empuñado las armas para derribarla, y sólo se espera que todos, todos sin excepción, ayuden de cualquier manera a los que luchan por la libertad y la justicia.

Las mujeres bostezan; los hombres se rascan la cabeza; una gallina pasa por entre el grupo, perseguida por un gallo.

-Compañeros -continúa el infatigable propagandista de la buena nueva- la libertad requiere sacrificios; no tenéis satisfacciones; el porvenir de vuestros hijos es incierto. ¿Por qué os mostráis indiferentes ante la abnegación de los que se han lanzado a la lucha para conquistar vuestra dicha, para haceros libres, para que vuestros hijitos sean más dichosos que vosotros? Ayudad, ayudad como podáis; dedicad una parte de vuestros salarios al fomento de la Revolución, o empuñad las armas si así lo preferís, pero haced algo por la causa; propagad siquiera los ideales de la gran insurrección.

El Delegado hizo una pausa. Un águila pasó meciéndose en una limpia atmósfera, como si hubiera sido el símbolo del pensamiento de aquel hombre que, andando entre los cerdos humanos, se conservaba muy alto, muy puro, muy blanco.

Las moscas, zumbando, entraban y salían de la boca de un viejo que dormitaba. Los hombres, visiblemente contrariados, iban desfilando de uno en uno; las mujeres se habían archado todas. Por fin se quedó solo el Delegado en presencia del viejo que dormía su borrachera y de un perro que lanzaba furiosas tarascadas a las moscas que chupaban su sarna. Ni un centavo había salido de aquellos sórdidos bolsillos, ni un trago de agua se había ofrecido a aquel hombre firmísimo, que, lanzando una mirada compasiva a aquella madriguera del egoísmo y de la estupidez, encaminose hacia otra casita. Al pasar frente a una taberna pudo ver a aquellos miserables con quienes había hablado, apurando sendos vasos de vino, dando al burgués lo que no quisieron dar a la Revolución, remachando sus cadenas, condenando a la esclavitud y a la vergüenza sus pequeños hijos, con su indiferencia y su egoísmo.

La noticia de la llegada del apóstol se había ya extendido por todo el pueblo, y, prevenidos los habitantes, cerraban las puertas de sus casas al acercarse el Delegado.

Entretanto un hombre, que por su traza debería ser un trabajador, llegaba jadeante a las puertas de la oficina de policía.

-Señor -dijo el hombre al jefe de los esbirros- ¿cuánto da usted por la entrega de un revolucionario?

-Veinte reales -dijo el esbirro.

El trato fue cerrado; Judas ha rebajado la tarifa.

Momentos después un hombre, amarrado codo con codo, era llevado a la cárcel a empellones. Caía y a puntapiés lo levantaban los verdugos entre las carcajadas de los esclavos borrachos. Algunos muchachos se complacían en echar puñados de tierra a los ojos del mártir, que no era otro que el apóstol que había atravesado campos, recorrido carreteras, por sobre los espinos, por entre los guijarros, la boca seca por la sed devoradora; pero llevando, en su cerebro lúcido, la idea de la regeneración de la raza humana por medio del bienestar y la libertad. [Regeneración, No. 19, 7 de enero 1911. Tomado de: Leal Luis (1993), Cuentos de la Revolución, México, UNAM, pp. 2-5]

Mariano Azuela *Los de abajo* [1916]

Primera parte I

—Te digo que no es un animal... Oye cómo ladra el Palomo... Debe ser algún cristiano...

La mujer fijaba sus pupilas en la oscuridad de la sierra.

— ¿Y que fueran siendo federales? —repuso un hombre que, en cuclillas, yantaba en un rincón, una cazuela en la diestra y tres tortillas en taco en la otra mano.

La mujer no le contestó; sus sentidos estaban puestos fuera de la casuca.

Se oyó un ruido de pesuñas en el pedregal cercano, y el Palomo ladró con más rabia.

— Sería bueno que por sí o por no te escondieras, Demetrio.

El hombre, sin alterarse, acabó de comer; se acercó un cántaro y, levantándolo a dos manos, bebió agua a borbotones. Luego se puso en pie.

— Tu rifle está debajo del petate —pronunció ella en voz muy baja.

El cuartito se alumbraba por una mecha de sebo. En un rincón descansaban un yugo, un arado, un otate y otros aperos de labranza. Del techo pendían cuerdas sosteniendo un viejo molde de adobes, que servía de cama, y sobre mantas y desteñidas hilachas dormía un niño. Demetrio ciñó la cartuchera a su cintura y levantó el fusil. Alto, robusto, de faz bermeja, sin pelo de barba, vestía camisa y calzón de manta, ancho sombrero de soyate y guaraches.

Salió paso a paso, desapareciendo en la oscuridad impenetrable de la noche.

El Palomo, enfurecido, había saltado la cerca del corral. De pronto se oyó un disparo, el perro lanzó un gemido sordo y no ladró más.

Unos hombres a caballo llegaron vociferando y maldiciendo. Dos se apearon y otro quedó cuidando las bestias.

—¡Mujeres..., algo de cenar!... Blanquillos, leche, frijoles, lo que tengan, que venimos muertos de hambre.

— ¡Maldita sierra! ¡Sólo el diablo no se perdería!
 — Se perdería, mi sargento, si viniera de borracho como tú...
 Uno llevaba galones en los hombros, el otro cintas rojas en las mangas.
 —¿En dónde estamos, vieja?... ¡Pero con una... ¿Esta casa está sola?
 —¿Y entonces, esa luz?... ¿Y ese chamaco?... ¡Vieja, queremos cenar, y que sea pronto! ¿Sales o te hacemos salir?
 —¡Hombres malvados, me han matado mi perro!... ¿Qué les debía ni qué les comía mi pobrecito Palomo?
 La mujer entró llevando a rastras el perro, muy blanco y muy gordo, con los ojos claros ya y el cuerpo suelto.
 — ¡Mira nomás qué chapetes, sargento!... Mi alma, no te enojas, yo te juro volverte tu casa un palomar; pero, ¡por Dios!...
 No me mires airada...
 No más enojos...
 Mirame cariñosa, luz de mis ojos, acabó cantando el oficial con voz aguardentosa.
 — Señora, ¿cómo se llama este ranchito? —preguntó el sargento.
 —Limón —contestó hosca la mujer, ya soplando las brasas del fogón y arrimando leña.
 — ¿Conque aquí es Limón?... ¡La tierra del famoso Demetrio Macías!... ¿Lo oye, mi teniente?
 Estamos en Limón.
 — ¿En Limón?... Bueno, para mí... ¡plin!... Ya sabes, sargento, si he de irme al infierno, nunca mejor que ahora..., que voy en buen caballo. ¡Mira nomás qué cachetitos de morena!... ¡Un perón para morderlo!...
 — Usted ha de conocer al bandido ese, señora... Yo estuve junto con él en la Penitenciaría de Escobedo.
 — Sargento, tráeme una botella de tequila; he decidido pasar la noche en amable compañía con esta morenita... ¿El coronel?... ¿Qué me hablas tú del coronel a estas horas?... ¡Que vaya mucho a...! Y si se enoja, pa mí... ¡plin!... Anda, sargento, dile al cabo que desensille y eche de cenar. Yo aquí me quedo... Oye, chatita, deja a mi sargento que fría los blanquillos y caliente las gordas; tú ven acá conmigo. Mira, esta carterita apretada de billetes es sólo para ti. Es mi gusto. ¡Figúrate! Ando un poco borrachito por eso, y por eso también hablo un poco ronco... ¡Como que en Guadalupe dejé la mitad de la campanilla y por el camino vengo escupiéndola la otra mitad!... ¿Y qué le hace...? Es mi gusto. Sargento, mi botella, mi botella de tequila. Chata, estás muy lejos; arrímate a echar un trago.
 ¿Cómo que no?... ¿Le tienes miedo a tu... marido... o lo que sea?... Si está metido en algún agujero dile que salga..., pa mí ¡plin!... Te aseguro que las ratas no me estorban.
 Una silueta blanca llenó de pronto la boca oscura de la puerta.
 —¡Demetrio Macías! —exclamó el sargento despavorido, dando unos pasos atrás.
 El teniente se puso de pie y enmudeció, quedándose frío e inmóvil como una estatua.
 — ¡Mátalos! —exclamó la mujer con la garganta seca.
 — ¡Ah, dispense, amigo!... Yo no sabía... Pero yo respeto a los valientes de veras.
 Demetrio se quedó mirándolos y una sonrisa insolente y despreciativa plegó sus líneas.
 — Y no sólo los respeto, sino que también los quiero... Aquí tiene la mano de un amigo... Está bueno, Demetrio Macías, usted me desaira... Es porque no me conoce, es porque me ve en este perro y maldito oficio... ¡Qué quiere, amigo!... ¡Es uno pobre, tiene familia numerosa que mantener!
 Sargento, vámonos; yo respeto siempre la casa de un valiente, de un hombre de veras.
 Luego que desaparecieron, la mujer abrazó estrechamente a Demetrio.
 — ¡Madre mía de jalea! ¡Qué susto! ¡Creeí que a ti te habían tirado el balazo!
 — Vete luego a la casa de mi padre —dijo Demetrio. Ella quiso detenerlo; suplicó, lloró; pero él, apartándola dulcemente, repuso sombrío:
 —Me late que van a venir todos juntos.
 — ¿Por qué no los mataste?
 —¡Seguro que no les tocaba todavía!
 Salieron juntos; ella con el niño en los brazos.
 Ya a la puerta se apartaron en opuesta dirección. La luna poblaba de sombras vagas la montaña.
 En cada risco y en cada chaparro, Demetrio seguía mirando la silueta dolorida de una mujer con su niño en los brazos.
 Cuando después de muchas horas de ascenso volvió los ojos, en el fondo del cañón, cerca del río, se levantaban grandes llamaradas.
 Su casa ardía... [Azuela Mariano, *Los de abajo*, México Buenos Aires, 2007, FCE, <http://www.biblioteca.org.ar/libros/142337.pdf>]

Francisco L. Urquiza *Memorias de campaña* (Fragmento) [1920]

Al toque de diana el batallón ya había tomado una tasa de café caliente y salíamos al campo de instrucción en las cercanías de la ciudad. Primero se les enseñó a conocer y manejar su arma: accionarla, limpiarla, apuntar y disparar sin cartuchos; aprovisionarla de municiones y descargarla de ellas. Después a tirar sobre blancos a corta distancia y apuntando cuidadosamente.
 [...] Su equipo se adquirió en la vecina población de Eagle Pass: Sombrero texano, camisola y pantalón caquí, zapatos fuertes, una cobija, una juego de ánfora de aluminio con una taza, un plato, una cuchara y un tenedor; una bolsa grande de lona para llevar ropa y provisiones, cartucheras y portafusiles de cuero para las carabinas, correas para amarrar las cobijas terciadas sobre el cuerpo durante las marchas y un trozo de lona para amasar la harina y hacerse ellos mismos las tortillas. Se adquirieron cornetas y tambores para formar la banda, algunas tiendas de campaña para los oficiales y peroles y tasas para cocinar.
 [...] El flamante batallón de zapadores, por mi conducto, pidió al Primer Jefe la oportunidad de demostrar su eficiencia y el señor Carranza gustoso accedió a ello.
 [...] El primer hecho de armas en que participarían el nuevo cuerpo iba a ser en Candela, Coahuila.
 Mass, con una fuerte columna huertista, nos acechaba al parecer inactivo, frente a Monclova, en tanto que su colega Rubio Navarrete, con otra fuerza enemiga también numerosa, controlaba la línea ferrea de Monterrey a Laredo, con cuartel general en Lampazos, Nuevo León, su caballería, acantonada en Candela, la mandaba el celebre Dragón Federal, Teniente Coronel José Alessio Robles.
 Ante la presencia de este enemigo considerable, don Jesús Carranza, que operaba en la región, se había visto precisado a evacuar el pueblo y a retirarse en observación los movimientos del enemigo, que podría intentar avanzar hacia nosotros. Rubio Navarrete y los suyos

permanecían a la expectativa, sin intentar nada en nuestra contra. El Primer Jefe, resolvió dar un golpe y fue nuestro batallón el encargado.

Desde Piedras Negras fuimos trasladados por ferrocarril hasta Monclova, enseguida hasta la estación Gloria y de ahí nos acercamos a pie hasta las inmediaciones de Candela. Iban con nosotros todas las fuerzas disponibles de la región.

[...] en Monclova, punto avanzado hacia el enemigo (Mass) sólo quedaba el teniente Coronel Emilio Salinas con pocas fuerzas., en Piedras Negras, quedaba el Mayor Gabriel Calzada con escasa guarnición.

[...] Al amanecer se dio la orden de ataque y el batallón se lanzó impetuosamente al combate con un fuego nutrido. Junto con el batallón de zapadores también atacó por el lado opuesto el escuadrón Vázquez, que mandaba el intrépido Pancho Vázquez.

Sonaba la fusilería y traqueteaban las ametralladoras nuestras que manejaba Bruno Gloria. El estruendo de las granadas de los zapadores daba al ataque un vigor extraordinario, sin duda alguna pavoroso para el enemigo refugiado en el cuartel y con sus ametralladoras emplazadas en las torres de la iglesia, disparando sin causar daño alguno a nuestra gente, ya que toda ella habíase colocado dentro de los ángulos muertos del fuego de las piezas enemigas. En unos instantes, estábamos ya todos nosotros frente al propio cuartel y lo rodeábamos. [Urquiza Francisco L. (1920), *Memorias de Campaña*, México, FCE, 1971, pp. 39-40. Tomado de: [Lozoya Reyes Rigoberto \(s/f\), El movimiento Constitucionalista en Piedras Negras 1913](#)]

Referencias

- Arteta Begoña (2008), "La novela del porfiriato: Un reflejo de su sociedad", en: *Tiempo y Escritura*, No. 15, diciembre, México, UAM Azcapotzalco, http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye15/art_hist_05.html
- Azueta Mariano (1989), *Mala yerba y Esa Sangre*, México, FCE [1909]
- Betancourt Cid Carlos (2012a), "José Vasconcelos y el Ateneo", en: *Expedientes digitales del INEHRM*, México, INEHRM, <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-jose-vasconcelos-articulo>
- Betancourt Cid Carlos (2012b), "Amor y odio en el Ateneo de la Juventud", en: *Expedientes digitales del INEHRM*, México, <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-ateneo-de-la-juventud-articulo>
- Bobadilla Encinas Gerardo Francisco (2006), "Santa, de Federico Gamboa, o la redención artística del naturalismo mexicano", en: *Espéculo. Revista de estudios literarios*, No. 32, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero32/santaga.html>
- Bruce-Novoa Juan (2010), *La novela de la Revolución Mexicana. La topología del final*, Biblioteca Virtual Universal, Argentina, <http://www.biblioteca.org.ar/libros/155411.pdf>
- Brushwood J. S. (1958), "La novela mexicana frente al Porfiriato", en: *Historia Mexicana*, Vol. 7, No. 3 (27), enero-marzo, México, COLMEX, pp. 368-405, http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/6171SPPX722A3XLDLDBGTVO6K7ABL5HK.pdf
- Castañeda Edith (2002), "Humanismo Ateneísta", en: *Contribuciones desde Coatepec*, No. 2, enero-junio, México, Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 21-31, <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/281/28100202.pdf>
- Castañón Adolfo (2005), "Trazos Para una bibliografía comentada de Alfonso Reyes, con especial atención a su postergada antología mexicana: En busca del alma nacional", en: *Revista de la Universidad*, No. 15, mayo, México, UNAM; pp. 32-37, <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/1505/pdfs/23-37.pdf>
- Castro Miguel Ángel (2004), "Lecturas dominicales de la ciudad de México, 1900-1908", en: *2004 Meeting of the Latin American Studies Association*, Las Vegas, Nevada, Octubre 7-9, http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2004/files/CastroMiguelAngel_xCD.pdf
- Colombi Beatriz (), "Una ciudad letrada extraterritorial: escritores hispanoamericanos en París en el fin-de-siglo", <http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/salalmdocs/Una%20ciudad%20letrada%20extraterritorial%20hispanoamericanos%20en%20Par%EDs%20en%20el%20fin-de-siglo.pdf>
- Curiel Defossé Fernando (1998), "Vasconcelos: forzado relevo ateneísta", en: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Vol. XVIII, pp. 63-87, México, UNAM IIH, <http://www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc18/234.html>
- (2011a), "El Ateneo de la Juventud en dos tiempos: porfirismo, Revolución", en: *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, Vol. XVI, Nos. 1 y 2, México, UNAM IIB, pp. 17-26, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/biib/article/view/31506>
- (2011b), "Formación del Ateneo de la Juventud", en: *Círculo de Poesía Revista Electrónica de Literatura*, Año 2, Semana 26, junio, <http://circulodepoesia.com/nueva/2011/06/formacion-del-ateneo-de-la-juventud-ensayo-de-fernando-curiel/>
- Díaz Arciniega Victor (1989), *Querrela por la cultura revolucionaria*, México, FCE
- Díaz Ruiz Ignacio (2005), "Lo hispanoamericano en México a fines del siglo XIX", en: Clark de Lara Belém y Elisa Speckman, *La república de las letras: Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México, UNAM Coordinación de Humanidades, pp. 189-202
- Escobar Valenzuela Gustavo (2004), "Emilio Uranga (una aproximación)", en: Saladino García Alberto [compilador], *Humanismo mexicano del siglo XX*, Toluca, UAEM, Tomo I, pp. 495-504, <http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/mexico/uranga.htm>
- Fernández Mac Gregor Jenaro (1946), "El secreto del Ateneo", en: *Todo*, No. 672, 25 de julio, p. 11
- Gamboa Federico (1903), *Santa*, México, Grijalva [1982]
- Garcíadiego Dantan Javier (), "De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana", <http://www.centenarios.org.mx/Sierra-Vasconcelos.pdf>, pp. 769-819
- Glantz Margo (1989), "La novela de la Revolución Mexicana y la Sombra del Caudillo", en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LV, No. 148-149, Julio-Diciembre, pp. 869-878, <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/iberoamericana/article/view/4632/4796>
- (2011), "El periodismo del siglo XIX en México", en: *Revista de la Universidad*, No. 92, octubre, México, UNAM, pp. 16-21, <http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/9211/pdf/92glantz.pdf>
- González de Mendoza José María (1954a), "La primera novela de Azuela", en: *Ensayos Selectos*, México, FCE [1970]. Edición electrónica: UNAM (2003), *Poesía de José Juan Tablada*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas Centro de Estudios Literarios, <http://www.tablada.unam.mx/poesia/ensayos/inden.html>
- (1954b), "Prólogo a Mala Yerba", en: *Ensayos Selectos*, México, FCE [1970]. Edición electrónica: UNAM (2003), *Poesía de José Juan Tablada*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas Centro de Estudios Literarios, <http://www.tablada.unam.mx/poesia/ensayos/malayer.html>
- González Servín María Lilia (2007), "Los hospitales del porfirismo", en: *Bitácora Arquitectura*, No. 17, octubre, México, UNAM Facultad de Arquitectura, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/bitacora/article/view/26232/24663>
- Justa (2012), *Del Porfiriato al Modernismo: Gutiérrez Nájera y Rubén Darío*, <http://www.justa.com.mx/?p=34387>
- Henríquez Ureña Pedro (1925), "La Revolución y la cultura en México", en: *Revista de Filosofía* (Cultura-Ciencias-Educación), Año XI, No. 1, Buenos Aires, Argentina, enero
- Hernández Luna Juan [Prólogo, recopilación, notas] (2000), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, UNAM Coordinación de Humanidades
- ILCE (1999), *Los Imprescindibles Siglo XX*, México, Instituto Mexicano de la Comunicación Educativa, DVD

JHL (¿)-A. Reyes (1914)-Alejandro Quijano (1937)-José Vasconcelos (1946)- Jenaro Fernández Mac Gregor (1950), *El Ateneo de la Juventud*, México, <http://www.centenarios.org.mx/AteneoJuventud.pdf>
 reviberoamer.1965.2197

López Mena Sergio (2010), "La narrativa de Mariano Azuela, 1895-1918", en: *Literatura Mexicana*, Vol. XXI, No. 2, México, Instituto de Investigaciones Filológicas Centro de Estudios Literarios de la UNAM, pp. 91-111, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rim/article/view/20487>

López Portillo Esther (2010), *Literatura y Pintura* (Texto basado en el video: *Literatura y pintura*, México, ILCE/Ediciones Cal y Arena, 1999 (serie *Los imprescindibles*). Escritor invitado: Antonio Saborit, Mexico, ILCE, http://sepiensa.org.mx/contenidos/l_novo/home/literatura1.html

López Pérez Oresta (2002), "Leer para vivir en este mundo: lecturas modernas para las mujeres morelianas durante el Porfiriato", en: Galván Lafarga Luz Elena et al., *Diccionario de Historia de la Educación en México*, México, UNAM/ CIESAS/CONACYT, http://biblioweb.tic.unam.mx/diccionario/htm/articulos/sec_24.htm
<http://biblioweb.tic.unam.mx/diccionario/htm/indice.htm>

López Velarde Estrada Mónica (2006), "Julio Ruelas y su Savia simbolista: 108 años de la Revista Moderna", en: *Museo Soumaya*, julio, <http://www.soumaya.com.mx/Folleto/2006/Julio06.pdf>

Luis Guzmán Martín (2010), "La querrela de México", en: *Comisión Especial Encargada de los Festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana del Senado de la República*, México, <http://www.senado2010.gob.mx/docs/cuadernos/testimoniosRevolucion/b09-testimoniosRevolucion.pdf>

Martínez Carrizales Leonardo (2012), "La conversación literaria: París y Madrid", en: Cervantes Virtual, http://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/a_reyes/entorno/martinez.htm

Martínez José Luis (1949), *Literatura Mexicana Siglo XX 1910-1949*, México, CONACULTA, 2001

Matute Álvaro (2000), *El Ateneo de México*, México, FCE, Fondo 2000, <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/fondo2000/vol2/25/htm/libro29.htm>

Monsiváis Carlos (1966), *La poesía mexicana del siglo XX* (Antología), México, Empresas Editoriales

Monsiváis Carlos (2007), "De los intelectuales en América Latina", en: *América Latina Hoy*, No. 47, Universidad de Salamanca, pp. 15-38, <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/308/30804702.pdf>

Mújica Francisco J. (2010), "Hechos, no palabras", en: *Comisión Especial Encargada de los Festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana del Senado de la República*, México, <http://www.senado2010.gob.mx/docs/cuadernos/testimoniosRevolucion/b14-testimoniosRevolucion.pdf>

Negrin Edith (2001), "El Ateneo de la Juventud y los hombres que dispersó la revolución", en: *Revista de Literaturas Populares*, Año XI, No. 1, enero-diciembre, México, UNAM FFL, pp. 67-81, <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/7048/2/198428P67.pdf>

Ortiz Gaitán Julieta (2006), "El sepulcro de Julio Ruelas en el cementerio de Montparnasse", en: *Revista Electrónica Imágenes*, Julio, México, UNAM IEE, http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/inmediato/inm_ortiz01.html

Ortiz Marín Ángel Manuel y María del Rocío Duarte Ramírez (2010), "El periodismo a principios del siglo XX (1900-1910)", en: *Revista Pilquen*, Año XII, No. 12, Centro Universitario Regional Zona Atlántica de la Universidad Nacional del Comahue, Viedma (R.N.), Argentina, <http://www.scielo.org.ar/pdf/spilquen/n12/n12a13.pdf>

Osorio Huacuja (2007), "La mujer potosina en el discurso literario del Porfiriato", en: IX Congreso Nacional de Investigación Educativa, Mérida, Yucatán, 5 al 7 de noviembre, Consejo Mexicano de Investigación Educativa/Universidad Autónoma de Yucatán, <http://www.comie.org.mx/congreso/memoriaelectronica/v09/ponencias/at09/PRE1178912737.pdf>

Pacheco José Emilio (1970), *Antología del Modernismo (1884-1921)*, México, UNAM ERA, 1999

Pardo Bazán Emilia (1910), *La literatura francesa moderna. III. El Naturalismo*, Madrid, Sociedad Anónima Editorial, <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant/Documentos/naturalismo.pdf>

Pastor Pérez María de Lourdes (2010), *El Ateneo de la Juventud y la UNAM*, México, ENP 1, <http://prepa1.unam.mx/pdfs/eajunam.pdf>

Pereira Armando (2007), "Julio Torri: entre la brevedad y la ironía", en: *Literatura Mexicana*, Vol. XVIII, No. 1, México, IIF UNAM, pp. 117-129, <http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/18-1/pereira2.pdf>

Pineda Franco Adela E. (2001), "Positivismo y decadentismo. El doble discurso en Manuel Gutiérrez Nájera y su Revista Azul, 1894-1896", en: Agostoni Claudia y Elisa Speckman [Editoras], *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio de siglo (XIX-XX)*, México, UNAM IIH, pp. 195-219, <http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/pdf/05moder010.pdf>

Quijano Alejandro (1937), *El verdadero Ateneo*, Carta a Octavio G. Barreda del 5 de octubre, con base en el Archivo del Ateneo, Academia Mexicana, ms., <http://www.centenarios.org.mx/AteneoJuventud.pdf>

Quintanilla Susana (1993), "Los libros del Ateneo", en: *Historias*, No. 29, octubre de 1992-marzo de 1993, México, INAH Dirección de Estudios Históricos, pp. 89-106, http://www.estudioshistoricos.inah.gob.mx/revistaHistorias/wp-content/uploads/historias_29_89-106.pdf

- (2002), "Dionisio en México o cómo leyeron nuestros clásicos a los clásicos griegos", en: *Historia Mexicana*, Vol. LI, No. 3, pp. 619-663, http://biblioteca.cinvestav.mx/indicadores/texto_completo/cinvestav/2002/137240_1.pdf

Quirarte Vicente (2000), "El corazón en el filo. Expresiones del cuerpo femenino en el México posrevolucionario", en: *Revista Casa del Tiempo*, febrero, México, UAM, <http://www.uam.mx/difusion/revista/feb2000/quirarte.html>

Reverte Canal Concepción (1986), "Los Contemporáneos: vanguardia poética mexicana", en: *RILCE Revista de Filología Hispánica*, 2.2, julio-diciembre, Pamplona, Universidad de Navarra, pp. 259-276, <http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/3187/1/5.%20LOS%20CONTEMPOR%C3%81NEOS.%20VANGUARDIA%20PO%C3%89TICA%20MEXICANA.%20CONCEPCI%C3%93N%20REVERTE%20VERNAL.pdf>

Reyes Alfonso (1914), "Nosotros", en: *Nosotros*. Revista de Arte y Educación, No. 9, marzo, pp. 620-625.

Rivas Helena (2003), "La Llorona o la desesperanza de un pueblo", en: *Razón y Palabra*, junio-julio, <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n33/hrivas.html>

Rodríguez Araujo Octavio (2010), *La Revolución Mexicana: de la institucionalización autoritaria a la democratización*, Nuestros centenarios. Ciclo de conferencias organizado por la Comisión Ejecutiva para las Conmemoraciones del 2010 del Estado de Morelos y la Universidad Virtual Alfonsina, 16 de abril 2010, Cuernavaca, Morelos, <http://www.centenarios.org.mx/PonenciaORA.pdf>

Rosado Z. Juan Antonio (2008), *José Vasconcelos*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, Colección de Polígrafos Hispanoamericanos, http://www.larramendi.es/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1000608

Turner John Kenneth (2010), "México Bárbaro", en: *Comisión Especial Encargada de los Festejos del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana del Senado de la República*, México, <http://www.senado2010.gob.mx/docs/cuadernos/testimoniosRevolucion/b12-testimoniosRevolucion.pdf>

Van Hecke An (2010), "El Ateneo de la Juventud: ética y estética de una generación", en: *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Año XIV, No. 44, marzo-junio, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, <http://www.ucm.es/info/especulo/numero44/ateneojo.html>

Vargas Lozano Gabriel (2005), *Esbozo histórico de la Filosofía en México (Siglo XX) y otros ensayos*, México, Ideas México CONARTE Nuevo León, http://csh.izt.uam.mx/cen_doc/cefilibe/Esbozo_libro/esbozo.html

Vargas Lozano Gabriel (2010), "El Ateneo de la Juventud y la Revolución Mexicana", en: *Literatura Mexicana*, Vol. 21, No. 2, México, UNAM IIF Centro de Estudios Literarios, <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rlm/article/view/20483>

Vasconcelos José (1911), "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país", en: *Revista de Revistas*, junio 25. Discurso pronunciado el 17 de junio en el banquete ofrecido en honor de los ateneístas revolucionarios.

- (1935), *Ulises Criollo*, México, Ediciones Botas, p. 266

Villegas Cedillo Alberto (1984), *La novela popular mexicana en el siglo XIX*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020123816/1020123816.PDF>

Vogt Wolfgang (1990), "Influencias extranjeras en la literatura mexicana anterior a la Revolución de 1910", en: *Relaciones*, Vol. XI, No. 42, primavera, México, El Colegio de Michoacán, pp. 101-111, <http://www.colmich.edu.mx/files/relaciones/042/pdf/WolfgangVogt.pdf>

Zalduondo María (2007), "(Des)Orden en el porfiriato: La construcción del bandido en dos novelas desconocidas del siglo XIX mexicano", en: *Decimonónica*, Vol. 4, No.2, verano, Middlebury College, Middlebury, Vermont EUA, pp. 77-94, http://www.decimononica.org/VOL_4.2/Zalduondo_4.2.pdf